MANUALES
DE EDUCACIÓN CÍVICA

El nacionalismo

MANUALES DE EDUCACIÓN CÍVICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

Editada por el CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN SOCIALES, A.C.

Autorizada como correspondencia de segunda clase por la Dirección General de Correos con fecha 28 de octubre de 1964.

Nº 21 Febrero de 1965

BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

Director: Víctor Alba.

Redacción y Administración:
Guadalquivir, 61. Apartado 5-468.

PORTE PAGADO

ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO

IMPORTANTE

Las condiciones de suscripción de los **MANUALES DE EDUCACION CIVICA** son las siguientes:

SUSCRIPCION ORDINARIA (por doce Manuales distintos) ..... US. $ 3.00

SUSCRIPCION ESPECIAL (por doce Manuales distintos, a condición de hacer cinco o más suscripciones), cada suscripción ..... US. $ 1.00

De este modo, los sindicatos, bibliotecas, cooperativas, escuelas, grupos de estudiantes, etc., podrán tener, con un mínimo esfuerzo, diez colecciones o más de Manuales para sus miembros. Insistimos en que la única condición para gozar de la suscripción especial consiste en hacer diez suscripciones o más. Quienes deseen una suscripción especial deben enviar su cheque por diez o más dólares, junto con la lista de los diez o más suscriptores, a: CEDS. Apartado 5-468. México 5, D. F., México.

Los cheques pueden ser en dólares o en la moneda del país respectivo, sobre un banco del propio país.

ÍNDICE DEL MANUAL DE EDUCACIÓN CÍVICA

EL NACIONALISMO

Consejos para el uso de este manual 5

Lección primera.— Orígenes del nacionalismo 7
1) El concepto de nación. 2) Los antecedentes históricos. 3) Los antecedentes doctrinales. Preguntas.

Lección segunda.—El problema de las nacionalidades en el siglo XIX 16
1) La Revolución Francesa y el nacionalismo. 2) Las nacionalidades europeas en 1848. 3) La nueva etapa de los movimientos nacionales. Preguntas.

Lección tercera.—Las nacionalidades en América ... 30
1) La independencia norteamericana. 2) La trascendencia de la independencia norteamericana. 3) La independencia de América Latina. Preguntas.

Lección cuarta.—Las nuevas tendencias del nacionalismo 36
1) Revisión de la teoría. 2) La teoría de la nacionalidad al servicio del Estado. 3) Nacionalismo e imperialismo. 4) Racismo y nacionalismo. Preguntas.

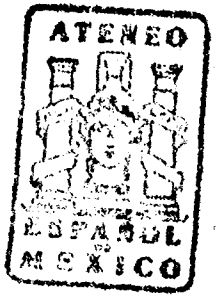
Lección quinta.—El movimiento obrero y las nacionalidades 46
1) Nacionalismo e internacionalismo. 2) La idea nacional en el socialismo utópico. 3) La doctrina de las nacionalidades de Proudhon. 4) Marx y el nacionalismo. 5) Los congresos obreros y el nacionalismo. 6) Los comunistas y las nacionalidades. Preguntas.

Lección sexta.—Las nuevas naciones de Asia y Africa 61
1) La ampliación de horizontes. 2) Las condiciones socioeconómicas. 3) Los fundamentos teóricos. 4) Arabismo y africanismo. Preguntas.

Lección séptima.—El nacionalismo en la América Latina actual 74
1) El nacionalismo positivo. 2) El pragmatismo. 3) El papel del intelectual. 4) El nacionalismo negativo. 5) La manipulación del nacionalismo. 6) Iniciación de un cambio. Preguntas.

Lecturas 89

El nacionalismo



El Centro de Estudios y Documentación Sociales *publica una serie de manuales de educación cívica democrática.*

Este manual ha sido preparado por el CEDS e ilustrado por Tísner.

CONSEJOS PARA EL USO DE ESTE MANUAL

Este manual explica clara y sencillamente la historia del nacionalismo desde sus orígenes hasta nuestros días.

Naturalmente, puede usarse como simple material de lectura, pero sería preferible que el lector, al llegar al final de cada lección, contestara las preguntas que se hacen. Y lo mejor, claro está, es que esas respuestas las haga por escrito.

Los libros que se aconsejan al final del manual deberán leerse, siempre que sea posible.

Si el manual se emplea, como es de desearse, para texto en clases de educación cívica, el cursillo puede darse en una sola semana.

No es aconsejable que el profesor lea las lecciones en clase, sino que, después de tomar conocimiento de cada una de ellas, las explique poniendo los hechos e interpretaciones a nivel del grado de preparación que su clase tenga.

Un elemento importante, en un cursillo de este tipo, es la lectura que ha de seguir a cada clase. El profesor debe procurarse algunos de los libros que se aconsejan y hacer lecturas comentadas de fragmentos o capítulos de ellos, o bien dirigir lecturas en grupo. De una forma u otra, es indispensable dar a los alumnos el hábito de la lectura.

Las lecciones están preparadas de modo que se puedan explicar en una hora de clase ininterrumpida. Tras un breve descanso, podría seguir otra hora de lectura.

Es aconsejable utilizar, como complemento, algunos de los manuales, atlas y vocabularios que forman esta serie de Manuales de Educación Cívica.

LECCIÓN PRIMERA

ORÍGENES DEL NACIONALISMO

1) *El concepto de nación*

Aunque el sentimiento de nación se remonta históricamente al siglo XIV, y pueden apreciarse sus primeras manifestaciones en el Renacimiento y en las guerras de la Reforma, no aparece en realidad como problema histórico hasta el siglo XIX, siglo en que surgieron tanto el concepto de nación, como su realidad. Las ideas de democracia, soberanía popular y nación están ligadas estrechamente en su origen histórico. Por eso en la época de los monarcas absolutos, existían "Estados", pero no "Naciones", "súbditos", no "ciudadanos nacionales". El Estado estaba identificado y adscrito en forma inseparable al rey o al príncipe. "El Estado soy yo", decía Luis XIV (1638-1715), rey de Francia, sintetizando en esta frase una realidad histórica y una relación social de la época. Nicolás Maquiavelo (1469-1527) se refiere también a este poder absoluto de los príncipes, cuando considera entre los medios de crear Estados, su compra o su venta, como si fueran patrimonios personales.

Sólo cuando la Revolución Francesa destruye el absolutismo y proclama la soberanía del pueblo, surge la nación

como entidad histórica. Es curioso que la palabra "nacionalidad", aunque expresaba un sentimiento colectivo muy antiguo, no se incorporó al diccionario de la Academia Francesa hasta el año 1837.

No es fácil definir correctamente el término "nación", dada la diversidad de elementos que para ello hay que tomar en cuenta. Para algunos autores, la nación es una realidad fundamentalmente geográfica; para otros, el elemento distintivo, que sirve de base a su constitución, es la raza; para muchos la sustancia de una nación es la lengua; algunos piensan que la religión es el vínculo que aglutina la nación, y, por último, hay quienes consideran que la comunidad de intereses y fines es el gérmen de la nacionalidad.

Ninguno de los elementos mencionados, por importantes que algunos de ellos sean, caracteriza por sí solo a la nación. Hay naciones, Suiza por ejemplo, con poderoso sentimiento nacional, pese a que en su territorio se hablan tres lenguas diferentes; otras en las que conviven, sin predominar ninguna, varias religiones. En América Latina, ni la lengua, ni la religión, ni las características geográficas, ni la historia determinaron y dieron forma a las naciones que surgieron con la Independencia.

Ernesto Renán, escritor francés del siglo XIX, definió la nación con los siguientes términos:

Una nación es un alma, un principio espiritual. La nación, lo mismo que el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de dedicaciones. Tener glorias comunes en el pasado y una voluntad común en el presente; haber realizado en común grandes obras y querer continuar realizándolas, son las condiciones esenciales para ser un pueblo. Se ama en propor-

ción a los sacrificios que se han consentido y a los males que se han sufrido.

Más concreta que la definición anterior, es la que el socialista austríaco Otto Bauer expresa en su libro *El problema nacional y la socialdemocracia*:

¿Qué es una nación?... Nación es el conjunto de hombres unidos en una comunidad de carácter sobre la base de una comunidad de destinos.

Los comunistas han optado por una definición amplia, que abarca todos los signos distintivos de la nación. Según su fórmula,

Nación es una comunidad estable, históricamente formada de idioma, de territorio, de vida económica y de hábitos psicológicos reflejados en una comunidad de cultura.

2) *Los antecedentes históricos*

El nacionalismo, como cualquier otro acontecimiento histórico, es el resultado de ciertas condiciones sociales, económicas e intelectuales, que varían según la época y los países. De ahí que siendo idénticos por su sustancia y por sus aspiraciones, tengan grandes diferencias. No sólo son muy distintas las formas que tomaron los nacionalismos en Europa y América antes y durante el siglo XIX, sino que a su vez éstos difieren fundamentalmente del nacionalismo

del siglo XX, y más especialmente del actual de los nuevos países de Asia y Africa.

A fin de facilitar nuestra exposición vamos a considerar el problema dividiéndolo por épocas y países, según la siguiente clasificación:

1) El nacionalismo en los primeros grandes Estados antes del siglo XIX.
2) La unidad nacional en el siglo XIX.
3) La independencia de América y la disolución de los viejos imperios coloniales.
4) El nacionalismo y las pequeñas naciones en la Europa del siglo XX.
5) Fin del colonialismo y formación de las nuevas naciones en Africa y Asia.
6) El nacionalismo en la América Latina actual.

Además, dedicamos una lección al papel del movimiento obrero en los problemas del nacionalismo.

Antes de que la Revolución Francesa proclamara el derecho de la soberanía popular, había Estados, pero no naciones. Para que existan éstas es necesario que la colectividad ciudadana, creada por la evolución histórica, tenga conciencia de sí misma y haya conquistado el derecho a regirse, a gobernarse por sí sola. Europa continental estaba, en el siglo XVII y en la primera mitad del XVIII, en el umbral del nacionalismo, en la etapa prenacionalista. Inglaterra, Francia, España, Austria y Rusia eran Estados absolutos, centralizados, sin vida política nacional y sin libertades individuales. El pulso vital de la comunidad no existía; latía tan sólo el del monarca. Según Kohn:

Las bases del florecimiento del nacionalismo están en la evolución de los Estados centralistas, en la secularización de la vida política, en el desarrollo del individualismo que tenía fe en la libertad y confianza en la potencia del hombre, en la aceleración de la vida económica que exigía el desprendimiento de las formas estáticas de la organización tradicional. No obstante que Francia, por ser el país más progresista del continente, se puso a la cabeza del movimiento, a fines del siglo XVIII el nacimiento del naciona-

lismo se había transformado en una causa europea, que variaba de intensidad según el país, llegando sus distantes olas allende los Pirineos, a las praderas desoladas de la Europa Oriental y a las tierras bajo el dominio del sultán otomán.

Al comenzar el siglo XVII estaban ya constituidos los grandes Estados nacionales en Europa, cuyas características fundamentales eran el centralismo y el absolutismo, formas que persistieron hasta la época de las revoluciones democráticas.

En el proceso constitutivo de la nacionalidad, Inglaterra y España tomaron la delantera al resto de Europa, posición ventajosa que España perdería un siglo después. El nacimiento de Inglaterra como Estado nacional fue favorecido por su posición geográfica insular, su temprano desarrollo económico, y por ser el primer país en donde triunfó la revolución democrática que destruyó la monarquía absolutista. La clase burguesa fue en todos los países la generadora del nacionalismo, como idea y como realidad histórica, e Inglaterra la cuna de la burguesía europea.

Inglaterra. Ya en el siglo XVII, después del reinado de Isabel (1533-1603), Inglaterra había madurado lo suficiente para tener conciencia de su propia personalidad frente a la Europa continental. Este proceso lo estimularon la rivalidad económica con España y las guerras religiosas que pusieron término a la preponderancia española en Europa.

Favoreció también el desarrollo de la conciencia nacional inglesa un hecho tan importante como la desaparición en el territorio británico de los establecimientos venecianos, primero, y poco más tarde de los anseáticos. Comercialmente, las grandes empresas de navegación, recién constituidas, se habían apoderado de las principales rutas del mar y habían

establecido el monopolio del tráfico marítimo mundial.

Los principios del liberalismo inglés comenzaron a plasmar cuando en 1679 se promulgó la ley del *Habeas corpus*, y en 1689 se acordó la independencia del Parlamento y la libertad de discusión entre los *tories* (conservadores) y los *whigs* (liberales).

Al comenzar el siglo XVIII, Inglaterra era ya una nación en el sentido moderno del término.

Francia. Los historiadores franceses sitúan el nacimiento de Francia como Estado nacional al comenzar el siglo XVI, cuando se realizó la unidad territorial. Henry afirma:

> A partir de entonces, el reino se confunde con el dominio real. Forma un todo coherente, sometido a una autoridad real sensiblemente acrecida, penetrado del sentimiento vivo de la inalienabilidad de su territorio.

Durante más de un siglo se prolongó el proceso de formación nacional, acelerado por la desaparición progresiva de las autonomías regionales, del espíritu localista y también por la imposición de una sola lengua nacional.

Finalizaba el siglo cuando Francia comenzó a la vez la lucha por la libertad y por transformarse de reino a nación. Los primeros portavoces del nacionalismo moderno serían los enciclopedistas, como lo fueron también de las ideas liberales. Voltaire escribía en 1752 lo siguiente:

> Cuando los que como yo, se reúnen para velar por sus intereses comunes, en esa reunión también tengo yo voz; formo parte del todo, parte de la comunidad, parte de la soberanía; ésta es mi patria.

A partir de entonces, en Francia como en los demás países, los conceptos de patria y libertad se identificaron. Sin libertad no hay patria, y, por lo tanto, no podía haber nación.

Alemania. En el siglo XVIII se verificaron en Alemania las grandes transformaciones comenzadas el siglo anterior, las cuales la convirtieron en un Estado nacional. Un factor importantísimo en la creación del nuevo Estado y el despertar de la conciencia nacional alemana, fue la lucha contra el extranjero, sobre todo la Guerra de los Siete Años. Las circunstancias derivadas de este hecho, y el papel desempeñado por Prusia en aquella guerra, convirtieron a ese pequeño Estado en núcleo primero, y en rector después, de la nacionalidad alemana. Se ha dicho que Prusia es para Alemania lo que Roma fue para el mundo antiguo.

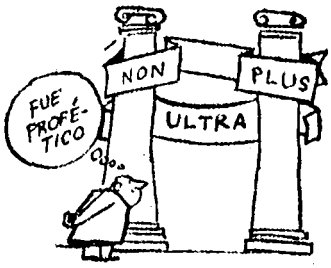
Los acontecimientos posteriores, sobre todo los del siglo XIX, fortalecieron el predominio de Prusia en la constitución del Estado nacional alemán y, más tarde, en 1870, en la fundación del imperio, predominio que subsistió hasta la caída del nazismo.

España. Fue el primer Estado nacional que se constituyó en Europa, y también el primero donde comenzó a manifestarse una conciencia nacional. Sin embargo, el proceso de integración se interrumpe en el siglo XVII, al comenzar el ocaso del imperio español y la decadencia de España como potencia mundial.

A pesar de haber sido el primer Estado de Europa que puso los cimientos de su nacionalidad y realizó la unificación nacional, no pudo, al llegar el siglo XVIII, conservar el rango de primera potencia, ni pertenecer al grupo de países que, como Inglaterra y Francia, habían logrado plena madurez nacional.

Fracasada en la misión histórica, que se había impuesto a sí misma, de ser el centro de la unidad y de la fe católica del mundo, empobrecida, arruinada por las largas y costosas guerras sostenidas para conservar el imperio y mantener la unidad religiosa en Europa, vuelta de espaldas a las

grandes transformaciones sociales, económicas y técnicas que tenían lugar en el mundo y cambiaban la fisonomía de éste, España se precipitó al abismo de una decadencia, que salvo los breves períodos en que desesperada pero inútilmente quiso reincorporarse y salir de su postración, se ha prolongado hasta la actualidad.



Por eso, España recorrió los siglos XVIII y XIX, entró en el XX, y ha vivido más de la mitad de éste, sin conseguir integrarse plenamente como nación moderna, aferrada a un centralismo artificial, contrario a la estructura misma del país. Y cuando las otras naciones europeas entran en una fase histórica más elevada de integración supranacional y continental, España permanece enquistada en el siglo XVIII, con los mismo problemas y en el mismo estado de entonces.

3) *Los antecedentes doctrinales*

La democracia y el nacionalismo tienen en la historia del mundo orígenes comunes y han evolucionado paralelamente. Los primeros grandes teóricos del nacionalismo fueron los que en lucha contra el absolutismo medieval y la dominación universal de la Iglesia de Roma crearon la teoría del Estado nacional.

Al escritor florentino Maquiavelo corresponde la primacía de teórico del Estado nacional. Su doctrina es, en esencia, la doctrina de la soberanía nacional, cuyo corolario es la supremacía del Estado. Su posición a favor de un Estado que tuviera carácter absolutista se basa en la creencia de que sólo así puede llevar a término su más importante misión histórica: la unificación nacional y la extinción de la estructura política fragmentada, que caracterizaba al feudalismo. El fin de crear y engrandecer la patria es la justificación de todos los actos que realizara el Príncipe, por inmorales y brutales que éstos pudieran parecer:

Porque cuando de la resolución que se tome dependa la salvación misma del país, no cabe detenerse por consideraciones de justicia o injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de infamia. En casos tales es indispensable salvar, ante todo y por encima de todo, la existencia y la libertad del país.

El escritor francés Juan Bodin (1530-1596) desarrolló con amplitud en sus *Seis libros de la República*, la teoría del Estado nacional, llamada a ejercer una extraordinaria influencia en el pensamiento político de su época. Como todos sus contemporáneos, identificó el Estado y la nación, entendiendo por soberanía nacional la ejercida por aquél y por su titular. El elemento esencial de la comunidad no es la religión, el idioma o la costumbre, sino la presencia de un soberano común. La República, el Estado existe sólo cuando los ciudadanos están sometidos al gobierno de un soberano común.

Esta línea de pensamiento político fue evolucionando, sobre todo en Inglaterra, en sentido cada día más democrático, hasta que la Revolución Francesa creó la nacionalidad moderna, al conceder al pueblo los atributos de la soberanía nacional que antes pertenecían a los reyes.

PREGUNTAS

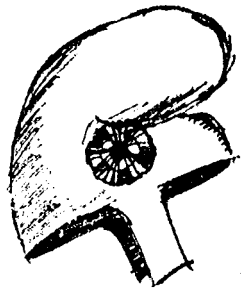
1) ¿Qué es nación?
2) ¿Qué elementos constituyen la nacionalidad?
3) ¿Cuándo nació el concepto de nacionalidad?
4) ¿Cómo nació el nacionalismo en Inglaterra, Francia, Alemania y España?
5) ¿Era el Estado nacional una verdadera nación?
6) ¿Quiénes fueron los primeros teóricos de la soberanía nacional?

LECCION SEGUNDA

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES EN EL SIGLO XIX

1) *La Revolución Francesa y el nacionalismo*

Los enciclopedistas, filósofos inmediatamente anteriores a la Revolución Francesa, que habían elaborado los principios teóricos de la democracia y del liberalismo, fueron también los primeros en colocar los fundamentos de la doctrina de la nacionalidad.



Era lógico que quienes aspiraban a liberar al hombre de las opresiones políticas y económicas se esforzaran por crear un nuevo tipo de sociedad basada a la vez en el individuo libre y en la nación soberana. El nacionalismo democrático, que alborea en Francia con los enciclopedistas, se convertiría gracias a la Revolución Francesa en la fuerza integradora más importante de la época histórica que había comenzado.

En la Asamblea de los Estados Generales de 1789, se proclamó el principio de la soberanía nacional y el nacimiento de la nación francesa cuando Juan S. Bailly (1736-1793) replicó a los emisarios del Rey: "Me parece, señores, que la Nación, aquí reunida, no puede recibir órdenes de nadie." A partir de entonces quedó fundado el nuevo derecho de la nación francesa, que, en lo sucesivo, no dependería de la voluntad de los reyes, sino de la aceptación de los representantes del pueblo.

La Constitución de 1791 y los Decretos de la Convención modelaron como nación unificada al nuevo Estado. La estructura del país debía transformarse no sólo desde el punto de vista político, sino también económicamente. Para que Francia pudiera ser una República única e indivisible, como proclamó la Convención, se precisaba abolir los particularismos regionales, la división en compartimientos provinciales, las aduanas locales, los numerosos impuestos que gravaban la circulación de mercancías en el interior del país, el régimen artesanal y gremial heredado del feudalismo. La nueva clase social que ascendía a la dirección del Estado, la burguesía capitalista, necesitaba una nación unificada tanto política como económicamente. El proceso de constitución de este tipo de nación, no tardaría en convertirse en modelo para todo el continente europeo.

Las guerras revolucionarias y napoleónicas expandieron por toda Europa los principios de la Revolución y socavaron los cimientos del viejo sistema feudal y absolutista. Sus efectos fueron particularmente notables, respecto al movimiento de las nacionalidades, en Italia, Polonia, Alemania, Hungría y Austria, donde tuvo lugar un rápido y esplendoroso florecimiento del espíritu nacional.

Uno de los principales motivos que hicieron de Austria la cabeza de la reacción de la vieja Europa, fue precisamente el deseo de conservar dentro de sus dominios el conjunto de pueblos, que en abigarrado mosaico —belgas, alemanes, italianos, húngaros, eslavos, etc.— constituían el Imperio. Estos pueblos, impulsados por los grandes ideales de la Revolución Francesa, se apresuraron a reclamar los derechos de ciudadanos y de naciones libres y soberanas.

Bélgica se convirtió en nación soberana al separarse de Austria en diciembre de 1792. Y aunque años después, derrotado Napoleón Bonaparte (1769-1821) y fundada la Santa Alianza, ésta acordara en el Congreso de Viena anexionarla a Holanda, el país belga permaneció unificado, formando el núcleo de la nación belga que en 1830 quedó definitivamente constituida.

Fue en Italia y en Polonia donde repercutió más profundamente y obtuvo mejor acogida el llamamiento de

Francia a los pueblos para fundar naciones emancipadas e independientes.

Desde el siglo XVI, Italia había sido objeto de sucesivos repartos entre las grandes potencias y de dominaciones consecutivas. En el siglo XVIII, nació un poderoso sentimiento nacional con riquísimas expresiones en las obras de los grandes pensadores de la época: César Beccaria (1738-1794), Cayetano Filangieri (1752-1788), Juan Bautista Vico (1668-1744), Ludovico Muratori (1672-1750), Víctor Alfieri (1749-1803) y muchos más.

Cuando el ejército napoleónico penetró en Italia para guerrear contra Austria, se constituyeron pequeñas repúblicas italianas independientes —las repúblicas cispadana, liguriana, romana— que más tarde, en 1805, se unen y convierten en Reino de Italia, el cual se extendió rápidamente, gracias a las victorias de Napoleón, con la incorporación de Venecia, Nápoles, Génova, Parma y Toscana.

La victoria de la Santa Alianza restableció la división de Italia, pero ya se habían sentado las bases de su nacionalidad, la cual sería definitivamente consagrada y constituida varias décadas después, en 1870.

Por muchos motivos, entre ellos las guerras frecuentes con los rusos, Polonia había desaparecido de la carta de los Estados europeos al finalizar el siglo XVIII. Sin embargo, el sentimiento nacional no sólo se mantuvo con todo vigor entre los polacos, sino que al triunfar la Revolución Francesa, los polacos se lanzaron con entusiasmo y denuedo a la conquista de la independencia nacional. Los patriotas polacos fundaron legiones de voluntarios que, al mando de Juan F. Dombrowski (1755-1818), combatieron y se cubrieron de gloria en los principales campos de batalla europeos, al lado de los ejércitos franceses.

En la conferencia de Tilsit se reconoció como nación al gran ducado de Varsovia, pero su duración fue muy

efímera. En 1815, en la Conferencia de Viena, Polonia perdió su independencia y fue repartida entre Rusia, Austria y Alemania.

2) *Las nacionalidades europeas en 1848*

La derrota militar de Napoleón y el triunfo de la reacción europea, representada por la Santa Alianza, tuvo resultados adversos para el liberalismo y para el movimiento emancipador de las nacionalidades. Durante algunos años quedó violentamente contenido el espíritu nacionalista y de independencia, que con tanto vigor había comenzado a manifestarse, sobre todo en Polonia, Italia y Bélgica.

El Congreso Internacional de Viena, donde prevalecieron los criterios de Austria y Rusia, estructuró a Europa sobre las bases anteriores a la revolución. Desde el Vístula hasta el estrecho de Gibraltar el absolutismo resurgió temporalmente, poderoso y agresivo. Sobre España marcharon los Cien Mil Hijos de San Luis para restaurar el despotismo de Fernando VII (1784-1833) y abolir por la fuerza la Constitución de Cádiz; en Francia volvió a ocupar el trono la dinastía borbónica, y en Italia, Polonia y Bélgica desaparecieron las incipientes nacionalidades.

El movimiento nacionalista era, sin embargo, irrefrenable, tanto como el sentimiento de libertad de los pueblos de Europa. Por eso, la obra de la Santa Alianza debía ser inestable y breve. A partir de 1830 comenzó en Europa un nuevo ciclo de agitaciones, que culminó con las revoluciones continentales de 1848.

La destrucción del sistema feudal y absolutista que la burguesía europea se había propuesto como objetivo histórico con la Revolución Francesa, no consistía sólo en cambiar las relaciones económicas dentro de cada Estado, sino en modificar también las viejas estructuras nacionales, al reconocer a cada nación el derecho a la soberanía y la independencia.

La Europa feudal no era propicia para el desarrollo de las nacionalidades, y su sistema económico constituía un obstáculo grandísimo. Las naciones nuevas o en gestación se asfixiaban comprimidas dentro de los grandes y hetero-

géneos Estados absolutistas. La Europa burguesa y capitalista no podía nacer si no tomaba la forma de Estados nacionales. Por esta razón, a la primera gran victoria de la burguesía siguió el impetuoso movimiento nacionalista.

En Bélgica, el 4 de octubre de 1830 el pueblo insurreccionado constituyó un gobierno nacional provisional, cuya primera declaración, convertida al mes siguiente en hecho jurídico constitucional, decía que "las provincias de Bélgica, separadas violentamente de Holanda, se constituían en nación independiente".

A finales del mismo mes, el 29 de noviembre de 1830, Polonia se insurreccionaba también con el propósito de recobrar su independencia. El resultado de la lucha fue adverso para los nacionalistas polacos, que fueron vencidos por la intervención conjunta de Austria, Rusia y Alemania.

El vigor del nacionalismo italiano no se extinguió nunca; a partir de 1820 se manifestó cada día más poderoso y combativo, hasta que en 1831 estalló la insurrección en todo el país, y triunfó en Italia central, Bolonia y otros lugares. El nuevo Estado nacional italiano tuvo una efímera existencia. Faltos los patriotas italianos de la ayuda militar de Francia, que esperaban, sucumbieron frente a la poderosa fuerza militar del imperio austríaco.

A estos movimientos nacionalistas siguieron años después las grandes revoluciones de 1848.

El punto de arranque de este período lo constituye la revolución de febrero de 1848 en Francia, que derrocó la monarquía de Luis Felipe de Orleans (1773-1850) y proclamó la república democrática.

Sin embargo, para Francia misma, la revolución de 1848 tuvo consecuencias paradójicas. Después de unos meses de gobierno republicano reformador, cuyo ministro de trabajo, el socialista Luis Blanc (1811-1882) estableció talleres nacionales para dar trabajo a los desocupados y afirmó así, con hechos, el deber del Estado y de la sociedad de preocuparse por quienes carecen de trabajo, la revolución fue aplastada por las fuerzas más conservadoras dentro de la tendencia republicana. Y aprovechando la frustración causada por esto, el príncipe Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), sobrino del emperador Bonaparte, regresó del exilio, se presentó candidato a la presidencia, se hizo elegir y lue-

go, por un golpe de Estado, el 2 de diciembre de 1851 se adueñó del poder y más tarde, por plebiscito, se hizo proclamar emperador (Napoleón III). Víctor Hugo (1802-1885), que se batió en las barricadas contra Luis Napoleón, lo llamó, en sus escritos desde el exilio, "Napoleón el pequeño". Bajo su gobierno, la burguesía francesa se enseñoreó por completo del poder.

Francia propició las luchas italianas por su unificación, y no pudo evitar verse envuelta en una guerra con Prusia, que acabó con la derrota francesa y que condujo a la Comuna de París, en 1871. Constituyó ésta el primer ejemplo de poder obrero y patriótico, en un momento en que la burguesía se postraba ante el invasor y en que el pueblo de París se rebeló por una mezcla de sentimientos socialistas confusos y de nacionalismo bien definido.

No obstante, la revolución francesa de 1848 tuvo en Europa consecuencias considerables.

Austria. Era Austria a mediados del siglo XIX un inmenso imperio, que reunía a varias naciones sometidas por la violencia, diferentes en sus orígenes raciales, en las características nacionales y en sus aspiraciones históricas. Magiares, croatas, alemanes, italianos, bohemios, polacos, checos, rutenios, eslovacos y muchos pueblos más constituían el fundamento de un gigantesco imperio que, con la creación de la Santa Alianza, se había convertido desde 1815 en árbitro de los destinos de Europa.

Por la propia naturaleza de su estructura, la situación de Austria era asaz precaria cuando comenzó la revolución de 1848. Los antagonismos entre los diferentes grupos nacionales amenazaban desintegrar el imperio, y más todavía cuando la burguesía austríaca reclamaba con las armas la desaparición del viejo sistema feudal. Era evidente que si en Austria triunfaba la revolución demo-

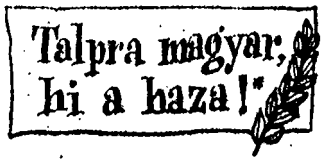
crática, triunfarían también los movimientos nacionales, y, en consecuencia, el tradicional Estado multinacional de los Habsburgos se derrumbaría.

El examen de las revoluciones nacionales de 1848 hace necesario estudiar previamente la estructura interna de Austria, en relación con las naciones que formaban su imperio.

De todas las que estaban sometidas a Austria, la más importante era Hungría. Desde comienzos del siglo, los húngaros habían combatido el absolutismo austríaco, consiguiendo en la dieta de 1825 que el rey prometiera respetar la constitución y reunir periódicamente la dieta o asamblea parlamentaria húngara. Pocos años después, en la dieta de 1833, se reconoció el magiar como lengua nacional.

Desgraciadamente, el fuerte sentimiento nacionalista húngaro estaba mezclado con una profunda aversión a las otras naciones oprimidas, e incluso con veleidades de carácter imperialista, pues aspiraba a la anexión de Dalmacia e incluso de Croacia. Esta actitud malogró el triunfo de la revolución de 1848, tanto en Hungría como en las otras nacionalidades del imperio.

La revolución húngara comenzó en 1847. El programa presentado por la oposición en la dieta de Pozsony reclamaba la independencia de Hungría (si bien reconociendo al emperador por rey), unidad de la lengua, o sea imposición del magiar como lengua única para toda Hungría, parlamento nacional húngaro y gobierno responsable, e incorporación de Transilvania a la madre patria.



* DE PIE, MAGIAR: LA PATRIA NOS LLAMA!

Los croatas no aceptaban este sistema, pues querían formar con los eslovacos un Estado, con virrey propio, dieta, reconocimiento de su lengua, o sea poseer un sistema autónomo dentro de Hungría. La imposibilidad de conciliar estas reivindicaciones con los proyectos húngaros originó la ruptura en provecho de Austria.

Los servios reclamaron de la dieta, en abril de 1848, el reconocimiento de su nación, y en una asamblea reunida en Karlovci acordaron restablecer el patriarcado y la unión

con Croacia, y otorgaron también ciertos derechos a los rumanos.

Alarmados los rumanos por el propósito de Hungría de anexionarse Transilvania, reclamaron de la dieta que se les concedieran derechos de nación. Decepcionados por la negativa de Hungría, los rumanos se situaron en lucha abierta contra los magiares.

Los checos fueron promotores en el siglo pasado del despertar de los pueblos eslavos pertenecientes al imperio austríaco. El 11 de marzo de 1848, inmediatamente después de recibir alborozados las noticias de las insurrecciones victoriosas de París, Berlín y Viena, se reunieron en asamblea nacional y reclamaron el derecho de reunión, la creación de una guardia nacional, la desaparición de los derechos feudales, la unión en una sola nación con Bohemia, Moravia y Silesia y la igualdad de las lenguas checa y alemana.

Más importancia política tuvo el Congreso eslavo que se celebró en Praga en junio del mismo año, réplica a la Asamblea nacional de Francfort. En dicho congreso los checos, constituidos en portavoz de los grupos eslavos, pidieron la transformación de Austria en Estado federal, la emancipación de los eslavos de Hungría y Turquía y la reconstrucción de Polonia como nación.

La insurrección de Viena, seguida de la fuga precipitada del emperador y de su gobierno, fue la señal para que comenzara en Austria la revolución nacional, condenada de antemano al fracaso por las radicales diferencias que separaban a Hungría de las otras nacionalidades sometidas.

Hungría proclamó inmediatamente su independencia nacional, y la dieta promulgó varios decretos constituyentes que hicieron de aquel país un Estado democrático; parlamento libre, anulación de todos los privilegios de la nobleza, libertad e igualdad religiosa.

La nueva nación tuvo duración muy efímera. Repuesto el absolutismo austríaco de la primera derrota, se dispuso a aplastar tanto a los revolucionarios demócratas de Viena como a los nacionalistas húngaros, alemanes, eslavos e italianos.

Vencida la revolución en Viena, el ejército del emperador invadió Hungría, disolvió la dieta y anuló las leyes democráticas y nacionales que había promulgado.

La misma suerte cupo a las naciones eslavas, las cuales, por hostilidad a Hungría, no vacilaron en servir a los fines absolutistas del emperador austríaco. Bohemia fue sometida rápidamente, Praga ocupada y el gobierno nacional disuelto.

Italia. Fermentaba en Italia desde hacía años una intensa agitación nacionalista, que necesariamente llevaría a la insurrección abierta.

La oposición y el odio a la dominación austríaca eran cada día más potentes en los Estados italianos, y al comenzar el año 1848 habían tomado caracteres revolucionarios. Los objetivos del nacionalismo italiano en aquella época eran: unir a todos los Estados creando la nacionalidad italiana; expulsar del territorio patrio a los austríacos y fundar un sistema democrático, representativo y constitucional. Estas aspiraciones eran comunes a las diversas tendencias en que estaba dividido el movimiento nacional: los que pretendían la unión de los diversos Estados bajo el cetro del papa y aquellos que, igual que José Mazzini (1805-1872) y José Garibaldi (1807-1882), querían la república.

Garibaldi

Milán se había erigido desde hacía tiempo en cabeza del movimiento nacionalista. La fuerza social predominante era la burguesía media, y al lado de ella actuaba, como elemento combativo, el proletariado. En Venecia existía también un potente movimiento nacionalista, de orientación democrática.

Los directores más destacados del nacionalismo italiano fueron César Correnti (1805-1888) en Milán, y Daniel Manin (1804-1857) y Nicolás Tommaseo (1802-1874) en Venecia.

La acción represiva del gobierno austríaco se agravó en vísperas de las insurrecciones de Austria y Francia, y la respuesta de los italianos a esta política fueron los motines sangrientos estallados en Venecia y Milán.

La agitación revolucionaria no se limitó a las regiones citadas, sino que se extendió a toda la península. Hubo insurrecciones en Palermo, Nápoles, Parma, Módena y otros pequeños Estados.

Cuando se supo en Milán que las revoluciones habían triunfado en Francia y Austria, el pueblo se amotinó, y durante varios días cinco mil obreros y pequeños burgueses, mal armados, lucharon en las calles contra el ejército austríaco mandado por el general Radetzky (1766-1858). Este fue derrotado y hubo de replegarse, obligado por los alzamientos populares que se extendieron por toda Lombardía, hasta el cuadrilátero situado entre los ríos Mincio y Adagio.

En Venecia triunfó también la revolución y se proclamó la República democrática.

El ejército nacional de Italia mantuvo a raya un año a las tropas imperiales austríacas, y logró victorias militares importantes. Sin embargo, la derrota de la revolución en Francia, Austria y Alemania puso a los italianos en condiciones de inferioridad militar y alteró la relación de las fuerzas a favor de Austria. Después de varias batallas se impuso la superioridad en armas y número del ejército imperial, que consiguió restablecer la dominación política de Austria.

3) *La nueva etapa de los movimientos nacionales*

Los movimientos nacionales de 1848 no consiguieron el triunfo de sus aspiraciones supremas, vencidos por la inmensa superioridad militar del imperio austríaco, y debilitados por sus disensiones y por la falta de coincidencia de objetivos de los diferentes grupos.

Sin embargo, el nacionalismo europeo había mostrado tanto vigor, que pronto resurgió más poderoso. Había llegado para la independencia de las nuevas naciones el momento histórico decisivo, y a partir de 1848 fue uno de los

más importantes factores del equilibrio entre las grandes potencias de Europa.

No terminaría el siglo sin que el equilibrio se alterara, contra Austria, y surgieran en unos casos nuevas nacionalidades, y algunos Estados como Alemania e Italia terminaran su proceso constitutivo nacional.

En 1858, al término de la guerra de Crimea, se reunió en París un Congreso Internacional que modificó en forma sustancial el Tratado de Viena. Como consecuencia surgió en los Balcanes una nueva nación, Rumania, resultado de la unión de Moldavia y Valaquia.

La década de 1861 a 1871 es de importancia decisiva para el nacionalismo europeo. Durante ella, Italia y Alemania terminaron su integración nacional, al recuperar de Austria partes de territorio que durante muchos años habían tratado de reivindicar, en ocasiones con las armas en la mano.

La guerra de Prusia e Italia, aliadas, contra Austria terminó en 1866 con la completa derrota del imperio austríaco en la batalla de Sadowa. Como consecuencia surgió en Europa una Alemania unificada, con Prusia a la cabeza, de la que quedó excluida Austria.

Italia se unificó también como nación, pero sin Roma. Sería precisa una nueva guerra europea, la de 1870 entre Alemania y Francia, para que Italia realizara plenamente su integración nacional, ahora con Roma, capital del nuevo Estado.

No fueron resueltos en esta ocasión todos los problemas nacionales, los cuales eran focos permanentes de insurrecciones patrióticas —como la de Polonia en el año 1863, sofocada sangrientamente por la acción mancomunada de las tres potencias ocupantes, Rusia, Austria y Alemania— y motivos de amenaza a la paz en Europa.

La llamada cuestión del oriente era la más importante, y la que pocos años después de firmado el Tratado de Berlín, originaría una guerra destinada a abolir el predominio en el oriente europeo del gran imperio turco.

El movimiento nacionalista se orientó en esta fase contra Turquía, pero también, como en las anteriores ocasiones, era difícil conciliar entre sí a los diferentes grupos nacionales, de una parte por la heterogeneidad de raíces étnicas, de otra por la doble opresión a que estaban sometidos. Estas diferencias y pugnas favorecieron los intereses y rivalidades de las grandes potencias, en especial de Rusia, Austria e Inglaterra, cuyos antagonismos tenían por centro, en aquella ocasión, la zona de los Balcanes.

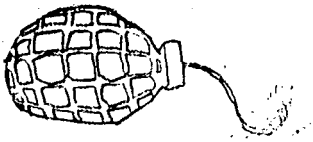
Los servios, núcleo que aglutinó a los pueblos que al terminar la primera Guerra Mundial fundaron la Yugoslavia actual, tenían entonces dos aspiraciones fundamentales: reunir en una sola nación a todos sus hermanos de raza, que eran los croatas, los eslovenos y los montenegrinos, y hacer de Belgrado el centro del eslavismo, sentimiento nacional que habían estimulado los grandes poetas servios.

Los búlgaros padecían la doble presión del sultán turco y de los grandes propietarios. En varias ocasiones habían recabado la ayuda del zar de Rusia, que pretendía ser protector de los eslavos contra Austria de una parte y contra Turquía de la otra. En esta época, y a consecuencia del sentimiento generalizado en los pueblos orientales de Europa, nació y se desarrolló el paneslavismo, medio político de agitación nacionalista destinado a servir las necesidades de la política exterior rusa.

Sofocada por los turcos la insurrección de la isla de Creta en 1868, pronto surgió en los Balcanes una insurrección general. Comenzó ésta en 1875 en Bosnia y Herzegovina, dando origen a la guerra entre Rusia y Servia aliadas, y Turquía.

La guerra terminó con la derrota de los turcos, quienes debieron aceptar las condiciones del tratado de paz de San Stefano, en cuya redacción participaron no sólo los Estados que habían sido beligerantes, sino también todas las grandes potencias europeas.

Aunque en el citado convenio internacional se reconoció la independencia de Servia como nación, y a Rumania co-



mo principado, el problema general de las nacionalidades siguió sin resolver, convirtiéndose a partir de entonces en peligrosísimo polvorín bélico.

Fue necesaria la primera Guerra Mundial para que, a consecuencia de la revolución rusa y del derrumbamiento de los imperios austriaco y alemán, se solucionara el problema de las nacionalidades de Europa, con la fundación de nuevas naciones y los correspondientes ajustes en la estructura política del viejo continente. En virtud de aquellos acontecimientos surgieron los siguientes Estados nacionales: Polonia, Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia, Checoslovaquia y Yugoslavia.

El ejemplo de la restauración de viejas naciones que habían estado oprimidas tuvo repercusiones en países que no figuraban entre los vencidos de la segunda Guerra Mundial. La Gran Bretaña, por ejemplo, se vio obligada a reconocer la independencia de Irlanda, después de una larga lucha subterránea. En España, se fortalecieron los movimientos favorables a una estructura federal del Estado y al reconocimiento de la autonomía de Cataluña y Euzkadi, logradas, por breve lapso, durante la segunda República, de 1931 a 1939, y perdidas después de la guerra civil. En las mismas naciones nuevas o resucitadas se manifestaron tendencias federalistas, que cuajaron en Checoslovaquia, donde hubo un régimen democrático, y que fueron asfixiadas por la monarquía en Yugoslavia y en Rumania.

PREGUNTAS

1) ¿Qué relación hay entre el problema de las nacionalidades y la Revolución Francesa?
2) ¿Qué movimientos nacionales surgieron en Europa despues de la Revolución Francesa y cómo se desarrollaron?
3) ¿Cuáles fueron los movimientos nacionalistas provocados por la revolución de 1848?
4) ¿Cómo se desarrollaron los movimientos nacionales en Europa Oriental?

5) ¿Qué acontecimientos importantes tuvieron lugar en Europa de 1860 a 1871?
6) ¿Qué cambios originó en los Balcanes la guerra ruso-turca?
7) ¿Qué naciones se fundaron después de la primera Guerra Mundial?

Para orientarse en el mundo

LEA:

LAS IDEOLOGIAS SOCIALES

Manual de Educación Cívica Nº 5

LECCIÓN TERCERA

LAS NACIONALIDADES EN AMÉRICA

1) *La independencia norteamericana*

La revolución norteamericana de 1776 es un acontecimiento de trascendencia universal, que abrió una etapa en la historia de la civilización. Sus consecuencias fueron de tanta importancia para el mundo como las de la Revolución Francesa. No sólo modificó un régimen político interior, sino que destruyó los cimientos en que reposaba el antiguo mundo.

La Europa de aquella época estaba estructurada en tres grandes imperios, cuyos inmensos dominios, base de su poderío mundial, eran las colonias que poseían en el hemisferio occidental. En gran parte, el equilibrio de fuerzas dependía de la relación de éstas en el continente americano.

La independencia de los Estados Unidos y las condiciones históricas en que nació el país hacían obligatorio que la revolución norteamericana realizara simultáneamente dos objetivos esenciales: crear una nación independiente, libre de la dominación imperialista inglesa, y asentar esta independencia nacional sobre cimientos democráticos. Las mismas características tendrían las sucesivas guerras y revoluciones del siglo XIX en el resto de América, desde el estrecho de Bering hasta la Tierra de Fuego.

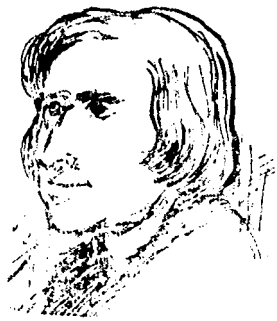
Como antecedentes ideológicos de la revolución norteamericana figura el liberalismo inglés, y sobre todo el filó-

sofo inglés Juan Locke (1632-1704) y los enciclopedistas franceses. Estudiaremos aquí solamente el aspecto nacional de la guerra de la independencia y sus consecuencias para la emancipación nacional de todos los pueblos americanos.

Un eminente historiador del nacionalismo, Hans Kohn, caracteriza así la doble significación de la independencia norteamericana:

La *revolución norteamericana* representa el eslabón entre el siglo XVII, en el que la Inglaterra moderna cobró conciencia de sí misma, y el despertar de la Europa moderna a fines del siglo XVIII. Podrá parecer extraño que la historia, en su marcha, haya tenido que cruzar el Atlántico, pero sólo en las colonias de Norteamérica podía la lucha por la libertad cívica conducir también a la fundación de una nueva nación. Aquí, en el levantamiento popular contra un gobierno "tiránico", se lograron frutos mayores que la seguridad de una constitución más libre. Porque encontramos también el surgir de una *nación*, que nace libre por la voluntad del pueblo, y no por las raíces de una descendencia común, por una entidad geográfica o por las ambiciones de un rey o dinastía. Al surgir la nación norteamericana, por vez primera nacía una nación ante los ojos mismos del mundo y no en la noche de los tiempos de la historia.

Este doble significado —democrático y nacional— está en toda la obra de la independencia norteamericana y en los escritos y discursos de sus más eminentes representantes, sobre todo de Tomás Jefferson (1743-1826). No se limitó éste a considerar la guerra civil contra Iglaterra y la victoria norteamericana como un simple acontecimiento histórico que hiciera surgir en el mundo una nación nueva emancipada de la sujeción colonial, sino que, como todos los grandes revolucionarios, captó su sentido universal y lo proyectó al exterior, más allá de las fronteras, hacia todos los



Jefferson

pueblos del mundo, y sobre todo a los del continente americano. Consideró a los Estados Unidos como el pueblo privilegiado, la nación escogida para enseñar al mundo los caminos de la libertad y de la emancipación, y los medios de recorrerlos. Fue Jefferson el que escribió:

> Nos damos cuenta de que nuestra actuación no se limita a los deberes impuestos por nuestra propia sociedad. Es imposible no percatarse de que actuamos en nombre de toda la humanidad; que circunstancias negadas a otros y concedidas a nosotros, nos han impuesto el deber de probar hasta qué grado de libertad y de autonomía es posible que una sociedad conceda a sus miembros individuales.

El mismo sentido universalista impregna la obra de Tomás Paine (1737-1809), que también tuvo gran influencia sobre sus contemporáneos.

2) *La trascendencia de la independencia norteamericana*

Por las condiciones históricas concretas que rodearon el nacimiento de la independencia norteamericana, ésta no podía ser un acontecimiento de efectos exclusivamente nacionales. El equilibrio mundial en los siglos XVI al XVIII lo determinaba totalmente, o al menos en un grado muy importante, la posición que cada una de las tres grandes potencias europeas ocupaba en América. Alterar el equilibrio en este hemisferio significaba modificar al mismo tiempo la correlación de las fuerzas imperialistas dentro de Europa. Una revolución que privara a Inglaterra de sus colonias, sería recibida con júbilo por Francia y España; una guerra destructora del poderío colonial hispano o francés en el continente americano, tendría la misma favorable acogida en Inglaterra. Es probable que ninguno de los grandes Estados europeos, al determinar su política internacional, previera entonces que la independencia de una nación cualquiera de América, y menos si tenía el rango de los Estados Unidos, se extendiera rápidamente de uno a otro país hasta destruir no uno solo, sino todos los imperios coloniales europeos de aquella época.

Por este motivo, y por las guerras napoleónicas en Europa, se crearon las condiciones objetivas y subjetivas nenecesarias para que pocos años después de terminar la guerra civil de los Estados Unidos, los pueblos latinoamericanos emprendieran la conquista de su independencia nacional.

3) *La independencia de América Latina*

Desde el origen, la lucha por la independencia en los inmensos territoros de la América hispana se desarrolló en dos sentidos, con dualidad de caracteres. Al mismo tiempo que se conquistaba la independencia, debían crearse regímenes democráticos. La libertad fue siempre el clima político indispensable para el desarrollo y el fortalecimiento de la nacionalidad en Latinoamérica.

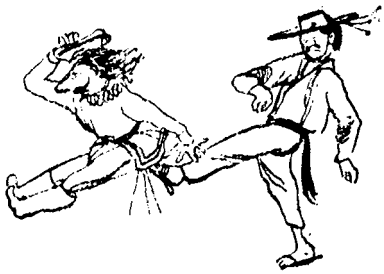
Ahora bien, tanto la lucha por la independencia nacional como la fundación de regímenes democráticos en las nuevas naciones, debían desarrollarse con características y condiciones muy diferentes a las de los Estados Unidos y a las de Europa. El problema era bastante más complejo en América Latina, en razón de la diversa composición racial de la población. No se trataba de conjuntos nacionales con idénticas raíces étnicas que reclamaban la libertad y la independencia; la diversidad de razas, indígena, blanca y negra, complicaba el problema y dificultaba la solución. Las diferencias y odios raciales se unían a los profundos antagonismos sociales —colonizadores, criollos nacionalistas, campesinos y peones— y daban ocasión a los españoles una veces, otras a los patriotas, de explotar en beneficio de su propia causa a sectores importantes de la población. Salvador de Madariaga dice al respecto:

Tres estirpes encarnaron la composición humana de América Latina. Pero en casi todas las Indias, cada una de estas tres es-

tirpes vino a entrar en el conjunto a su manera: la estirpe india estaba arraigada en el suelo; la estirpe africana vino trasplantada de ultramar y terminó por arraigar también en la tierra del nuevo continente, en parte directamente, en parte a través de la india; la estirpe española tuvo que injertarse en la india y en la africana, y sólo a través de ellas llegó a arraigar en la tierra de su nueva patria.

Esta es la base de la historia humana de las Indias. Quien deje de comprenderlo, no verá en las guerras de emancipación más que incoherencia. La evolución espiritual de las tres estirpes y del alma colectiva que vinieron a constituir tiene lugar bajo la influencia predominante de este hecho complejo: el indio fue desarrollándose sobre su propia tierra, aun teniendo que compartirla con el negro o que ceder el sol al español; el negro, oriundo de otro continente, y aun arraigado en tierra americana, siguió sintiendo en la raíz la atracción de la memoria natal africana; y el blanco, en contacto con el Nuevo Mundo sólo mediante el indio, o por la vía todavía más indirecta del negro, permaneció hasta la víspera de las guerras de secesión mental y moralmente arraigado en España, aunque calentado por el sol de las Indias.

Dada esta gran diversidad de origen étnico, era lógico que el sentimiento nacionalista tuviera grados de intensidad y formas muy diferentes —desde el entusiasmo hasta la indiferencia— entre los distintos grupos raciales.



A las diferencias étnicas se unían las no menos importantes distinciones sociales. El movimiento de independencia debía ser desde el principio, si se quería que tuviera su verdadera y necesaria dimensión histórica, un movimiento de emancipación social de las clases indígenas, que vivían

en estado de esclavitud. Las guerras de América Latina contra el Imperio español debían ser al mismo tiempo guerras nacionales por la independencia, guerras por la libertad política y guerras por la emancipación social de las poblaciones indígenas. Así lo comprendieron algunos patriotas, cuando reclamaban simultáneamente el derecho a la independencia y a la emancipación de los esclavos.

Desgraciadamente, la independencia americana y la constitución de las nuevas naciones no tuvieron este signo. Las revoluciones triunfaron en beneficio exclusivo de las clases criollas acomodadas. El latifundio español fue sustituido por el latifundio del criollo; la burguesía comercial española dejó su puesto a la burguesía comercial criolla. En las nuevas naciones una oligarquía sucedió a otra; el pueblo permaneció apartado de la gobernación en las nuevas naciones. Este vicio político de origen marcó con huella indeleble a la América Latina. e influyó poderosamente en sentido negativo en toda su evolución histórica.

Sin embargo, a pesar de estas graves faltas y de las consecuencias políticas y sociales que se derivaron, la independencia latinoamericana es uno de los acontecimientos históricos del siglo XIX que tuvo más trascendencia, tanto en este hemisferio, como en la vieja Europa.

PREGUNTAS

1) ¿Cuáles fueron los objetivos fundamentales de la guerra de independencia norteamericana?

2) ¿Cuáles fueron sus resultados históricos respecto a los otros países americanos?

3) ¿Qué carácter tuvo la independencia en América Latina?

4) ¿Qué factores sociales y raciales intervinieron en la independencia latinoamericana?

5) ¿Qué significación social tuvo el triunfo de la independencia en América Latina?

LECCIÓN CUARTA

LAS NUEVAS TENDENCIAS DEL NACIONALISMO

1) *Revisión de la teoría*

A comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, terminadas las grandes revoluciones políticas y sociales de 1848, la actitud histórica de la burguesía europea cambió fundamentalmente. Cesó de ser una fuerza social progresiva, que representaba las aspiraciones y propósitos políticos avanzados, para convertirse en fuerza retardataria, conservadora y en algunas ocasiones, por ejemplo cuando el proletariado exponía sus pretensiones de clase, reaccionaria. Para mejor defender los nuevos intereses, una vez conquistado el poder dejó incumplidos, —sin realizar integramente o incompletamente realizados— algunos de sus propios objetivos históricos, entre otros la liberación de las pequeñas nacionalidades.

El nacionalismo tuvo a partir de entonces tintes reaccionarios, y las grandes potencias lo emplearon en provecho de sus políticas de expansión. El nacionalismo se identificó con el interés del Estado y de la clase que lo dominaba, y en lo sucesivo la expansión imperialista del capitalismo se justificó como política de "engrandecimiento" nacional.

La reciente teoría del nacionalismo expresaba la nueva tendencia histórica de la clase burguesa. Los germanos identificaron los conceptos de nación, pueblo y Estado, primera fase de una evolución que culminaría años más

tarde en la doctrina de la superioridad racial, base de la nación alemana. Los rusos, a su vez, elaboraron la tesis del paneslavismo, como justificación de su política exterior contra Austria.

El filósofo alemán Jorge G. F. Hegel (1770-1831) es el principal expositor de la teoría nacional nueva. Mejor dicho, su teoría del Estado, realizador de la idea universal, es a la vez la teoría de la nación. "Llamamos Estado al individuo espiritual, al pueblo, por cuanto está en sí articulado, por cuanto es un todo orgánico".

Y más adelante, después de exponer la naturaleza espiritual del Estado y su sentido universal, agrupa: "Lo universal que se destaca y se hace consciente en el Estado, *la forma* bajo la cual se produce cuanto existe, eso es lo que constituye la cultura de la nación".

O sea, simplificando la terminología, el Estado real, tal como existe en la circunstancia histórica, es la nación. El Estado, como la patria, como la nación, es una comunidad de existencia, donde la voluntad del hombre está sometida a las leyes.

Por esto, el genio de la nación, en el cual se manifestara la voluntad y el espíritu de los individuos, es el verdadero creador de la civilización. Cada genio nacional particular debe considerarse como un caso individual en el proceso de la historia universal.

Con anterioridad a Hegel, otros filósofos alemanes habían desarrollado ideas muy parecidas, y algunos asignaron a cada nación, y en especial a Alemania, un destino histórico prefijado por Dios. Juan Herder (1744-1803) afirmaba que Alemania había tenido y tendría siempre "un determinado espíritu nacional", y Federico Schleiermacher (1768-1834) escribió años después que "Dios asignaba a cada nacionalidad un papel definido en el mundo".

2) *La teoría de la nacionalidad al servicio del Estado*

Hegel no sólo identificó los conceptos de nación y Estado, sino que además consideraba que aquélla no podía existir y desarrollarse si no tomaba la forma de un Estado fuerte, centralizado. La integración nacional era para él la integración en un Estado poderoso.

Refiriéndose a la situación de Alemania y a los medios más idóneos de unificarla nacionalmente, expuso en una de sus obras que Alemania no podía convertirse en nación siendo un Estado débil. Los ejemplos de Inglaterra, Francia y España demostraban que para que surgiera un Estado nacional era imprescindible una monarquía centralizada.

En la última fase de su vida de filósofo, Hegel había elaborado definitivamente la teoría de la nación al servicio del Estado, y propuso para arquetipo el Estado absolutista prusiano de su época.

Juan Fichte (1762-1814) fue más lejos que Hegel, pues concibió el Estado no como sinónimo de nación, sino como órgano a través del cual Alemania lograría realizar sus designios de supremacía histórica de nación predestinada. Esta idea y el desarrollo consiguiente hacen de Fichte el precursor del racismo alemán.

La superioridad nacional alemana es, en su opinión, de origen metafísico y religioso. El hombre pertenece a la humanidad no en calidad de ente, de un ser histórico, sino a través de un país, de la nación a que pertenece, y dentro de la cual vive y actúa. El hombre es substancialmente alemán, inglés, francés, etc., o sea nacional.

No existe, ni puede existir, la igualdad entre las naciones. Lo contrario, la desigualdad, es lo verdadero, y por ello es necesario establecer una jerarquía entre aquéllos, con la correspondiente escala de valores morales y políticos. El valor moral de un pueblo, el puesto que ocupe en la jerarquía de las naciones, se mide en razón del sentido moral que posee y del grado en que interpreta las necesidades generales de la civilización. Estas condiciones las posee

Alemania, en grado superior a las demás naciones, y por ello debe ocupar el lugar primero en la jerarquía de las naciones. "En los alemanes se encuentra, de manera inequívoca, el germen de la perfección humana, y fueron destinados a ir en la vanguardia para alcanzarla".

Fichte, como Hegel, puso su teoría al servicio de la política de expansión internacional de la monarquía prusiana, a la que aconsejó el empleo de la fuerza como el mejor medio para establecer el equilibrio entre las potencias dominantes en Europa. La finalidad de cada Estado es conservar y aumentar su propio poder, pues la fuerza es lo que en definitiva decide las relaciones entre los Estados.

3) *Nacionalismo e imperialismo.*

En las dos décadas últimas del pasado siglo comienza una nueva fase del capitalismo: la era del imperialismo. Las grandes potencias económicas de entonces, Rusia, Inglaterra y Francia penetran en Asia y en Africa para conquistar mercados y fundar dilatados imperios coloniales. En los territorios de ambos continentes se impuso el dominio de las metrópolis imperialistas sobre pueblos a los que se privó de su independencia y cuyo proceso formativo de la nacionalidad se entorpeció.

A partir de estos años, los problemas de las nacionalidades sólo podrán resolverse a compás de la evolución histórica del imperialismo.

En 1895, Rusia comenzó a extenderse por el Lejano Oriente. Pretendió anexionarse Corea, Manchuria y algunas regiones chinas de vital importancia, lo que hizo inevitable la guerra con el Japón, enemigo de la expansión rusa en Asia.

La ocupación de Egipto es el principio de la era del imperialismo británico en el continente africano, donde hubo

de chocar diferentes veces, algunas con riesgo de originar una guerra mundial, con otro imperialismo, el de Francia, que le disputaba la preponderancia colonial en Africa.

En 1870, Francia aparece en Africa y Asia como potencia imperialista. En el primero de aquellos continentes, ocupa y convierte en territorio colonial a Argelia, Túnez y Marruecos, con el propósito de formar un solo imperio colonial francés en el norte de Africa con el que aseguraría su hegemonía en el Mediterráneo. Inglaterra frustró el proyecto, al imponer la división del protectorado marroquí entre España y Francia.

Los colonialistas franceses siguieron ampliando sus dominios por el Africa Central, hasta chocar con los británicos. Al comenzar el siglo actual se habían establecido en el continente africano dos inmensos imperios coloniales: el británico y el francés.

Menos importante era el que, al amparo de la rivalidad anglo-francesa, creó Bélgica. También Alemania e Italia hicieron acto de presencia, aunque tardíamente, en el continente africano. Apenas terminado su proceso de unificación nacional pretendieron extenderse como potencias imperialistas, disputando a Inglaterra y a Francia el absoluto predominio colonial que ejercían. Italia se situó en Trípoli; y Alemania, por acuerdo firmado con Inglaterra, se apoderó de varias colonias que antes pertenecían a Portugal. Los sueños del imperialismo germano eran ambiciosos en extremo, a tal grado, que amenazaban el equilibrio de la política colonial que habían establecido Francia e Inglaterra, tanto en Asia como en Africa. Alemania proyectaba extenderse por Asia Menor y Africa del Norte, y para ello al comenzar el siglo actual construyó el ferrocarril de Bagdad. La Guerra Mundial de 1914-1918 puso fin al sueño alemán de crear un poderoso imperio colonial asiático y africano que rivalizara con el ya constituido por Inglaterra y Francia.

Los Estados Unidos, que habían conquistado una parte importante de México en el siglo XIX, durante su expansión hacia el Oeste, a finales de ese siglo, al intervenir en la lucha entre Cuba y España, lograron sus dos primeras colonias: Puerto Rico (convertido en Estado Libre Asociado en 1952) y Filipinas, que llegó a la independencia in-

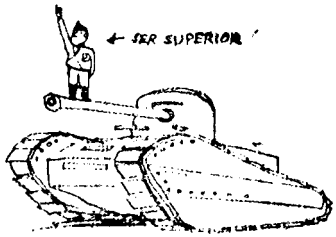
mediatamente después de la segunda Guerra Mundial. Washington, obedeciendo unas veces al criterio de ciertos políticos expansionistas y otras a intereses de poderosas empresas comerciales, intervino, en distintas ocasiones, financiera, diplomática o militarmente, en Panamá, México, República Dominicana, Haití, Nicaragua. Con la política de Buen Vecino, inaugurada en 1932 por el presidente Franklin D. Roosevelt, continuada luego, con diferentes alternativas, y que culminó en 1961 con la propuesta de la Alianza para el Progreso, formulada por el Presidente John F. Kennedy para financiar las transformaciones sociales latinoamericanas, los Estados Unidos han modificado su política en América Latina.

En las dos primeras décadas del siglo actual había llegado a la cima la evolución del imperialismo. El mundo subdesarrollado estaba distribuido entre las grandes potencias mundiales, Francia e Inglaterra, sobre todo, y el equilibrio internacional, que hasta entonces tenía por base la relación de fuerzas en Europa, descansaría en lo sucesivo sobre fundamentos más amplios, el mundo entero. La política exterior de los grandes Estados y el proceso de desarrollo del capitalismo habrían de depender, desde principios del siglo actual, en parte cada día mayor, de los continentes africano, asiático y americano.

Al mismo tiempo, aparecieron en estos continentes poderosos movimientos nacionalistas, acompañados en muchos casos de insurrecciones. Tras un dramático proceso de más de medio siglo, lograron triunfar en los años recientes y se constituyeron las nuevas naciones, de las cuales nos ocuparemos en la Lección Sexta.

4) *Racismo y nacionalismo*

La evolución teórica del nacionalismo tomó rumbos nuevos al terminar la primera Guerra Mundial. La nueva doctrina nacionalista se puso al servicio de la política de expansión y de dominación de países a los que se calificó



arbitrariamente de inferiores. Nacieron entonces, tanto en el campo de la teoría como en el de la política, los conceptos de "superioridad nacional", de "predestinación racial", etc. La nueva tendencia política tuvo su expresión más radical en el fascismo y en el nazismo.

Tanto en Italia como en Alemania, el fascismo y el nacionalsocialismo fueron el resultado de una situación histórica en la que el espíritu nacionalista se había exacerbado en proporciones gigantescas. La idea de nación tenía ahora dos sentidos: el racial y el del espacio vital, éste último como forma del imperialismo germano.

Adolfo Hitler (1889-1945), define así, en su obra *Mi lucha*, el mito del Estado racial:

El propósito máximo del Estado racial es cuidar de la preservación de aquellos elementos raciales primarios que, al formar la cultura, crean la belleza y la dignidad de una humanidad superior. Nosotros, como arios, sólo podemos imaginar el Estado como el organismo viviente de una nacionalidad, que no sólo vele por la preservación de esa nación, sino que, mediante el fomento de sus cualidades espirituales e ideales la conduzca a la mayor libertad.

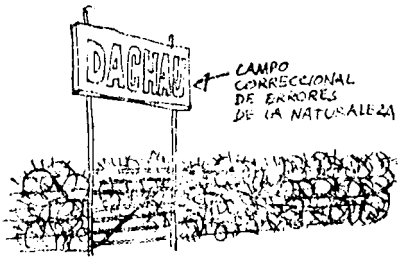
El racismo doctrinal tiene sus antecedentes en la obra de José A. Gobineau (1816-1888), escritor francés que desarrolló su teoría sobre la desigualdad de las razas en un libro publicado en París en 1855. Años después, la teoría racial fue reelaborada por un autor inglés, Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), quien la puso al servicio del nacionalismo germano.

En esta obra, como en toda la literatura racista posterior, se exalta la superioridad de la nación alemana, predestinada para mandar sobre todos los pueblos del mundo; es esencialmente antiliberal y autoritaria, por lo que fue escogida por los nazis para justificar intelectualmente la fundación del Estado totalitario y sus pretensiones de dominio universal.

Hitler desarrolló los postulados fundamentales de la teoría del nacionalismo racial en su obra *Mi lucha:* el progreso social se realiza por medio de una lucha permanente entre los grupos humanos y entre las razas, lo que da origen a una selección a favor de los mejores. La cultura y las instituciones sociales son resultado de las facultades creadoras de las razas. Estas se dividen en tres tipos principales: la aria, con aptitudes para crear cultura; los portadores de cultura, capaces sólo para recibirla y asimilarla, y la raza judía, destructora de la cultura. Corresponde, por lo tanto, a los arios la misión de mandar y dirigir a las demás razas, que son inferiores. Escribe Hitler:

La historia universal atestigua la superioridad y primacía de la raza aria, creadora de la cultura humana y predestinada a dominar y someter a todas las otras razas inferiores. Si la raza aria es la superior, dentro de ella corresponde la primacía a la germana, que es la raza superior y, por ello, está destinada a ejercer la supremacía en el universo.

La raza aria, la germana, debe cuidar su pureza y conservarla para cumplir su destino histórico. No debe mancharse con las otras razas, y menos con la judía, pues la mezcla de razas es causa de pérdida de vigor físico e intelectual y de degeneración. Cuando las mezclas raciales se producen, el Estado debe corregir este error *contra natura* destruyendo las causas y los efectos de la contaminación racial.



Esta creencia en la necesidad de la purificación racial fue motivo de la política antisemita del nazismo.

La doctrina racial fue completada en su forma definitiva por el teórico más famoso del nacionalsocialismo alemán, Alfredo Rosenberg (1893-1946). Su obra *El mito del siglo* XX, escrita en 1930, es un ensayo de filosofía de la historia desde el punto de vista racial. Este libro tiene fama de ser la exposición intelectual más importante y completa del nazismo.

Rosenberg interpreta la historia de la civilización en términos de la lucha entre las razas. Pero no sólo entre éstas, sino sobre todo entre la aria y las demás. El desarrollo de la historia desde la aparición del hombre, es en realidad la lucha permanente, incesante, entre la raza aria, creadora de cultura, y las razas inferiores. Las grandes culturas antiguas fueron creadas por los arios, quienes se extendieron por Egipto, la India, Grecia y Roma.

La rama germánica de los arios ha producido todo lo que tiene algún valor cultural en la sociedad moderna. Frente a esta acción creadora y como su negación, está la raza parasitaria judía, fundadora del capitalismo, de la democracia y del marxismo. Corresponde al siglo XX la misión de corregir la errónea y nefasta obra de los siglos anteriores y vigorizar los conceptos de raza, nación, familia y persona.

El racismo es la forma más extrema del nacionalismo, y la que más directamente ha expresado las pretensiones de expansión colonial de un Estado. Para este fin, completó su teoría con otra, más belicosa y radical, la del *Lebensraum* (espacio vital), que tomó del geógrafo sueco Rodolfo Kjellen y del inglés Halford Mackender, fundadores de la geopolítica.

Los sueños de dominación mundial de la Alemania nazi, a los que Carlos Haushofer (1869-1946), geopolítico alemán, pretendió dar una base científica, chocaban con una realidad adversa.

Cuando el imperialismo germano apareció en la historia, el mundo se encontraba repartido entre las dos mayores potencias de la época: Inglaterra y Francia. El colonialismo alemán sólo podía triunfar alterando este equilibrio mundial por medio de una nueva guerra.

Hitler, en uno de los discursos que pronunció en 1932,

formuló los objetivos del nacionalismo alemán en los siguientes términos:

> Nuestra tarea es organizar en gran escala el mundo entero, de manera que cada país produzca lo que pueda producir, mientras que la raza blanca, la raza nórdica, se dedica a la organización de su gigantesco plan. Esto no significa la explotación de la otra raza, pues la raza inferior está destinada a tareas distintas de las de la raza superior. Esta debe tener en sus manos el control, y éste debe corresponderlos a nosotros, junto con los anglosajones.

Pocos años después, Alemania se lanzó a la empresa bélica de dar realidad al sueño del imperio universal germano. Es seguro que los dirigentes nazis no calcularon, al provocar la segunda Guerra Mundial, que no sólo se frustrarían sus proyectos coloniales, sino que también el término de dicha guerra debía señalar el colapso del imperialismo colonial en la historia de la sociedad.

PREGUNTAS

1) ¿Cómo evolucionó el nacionalismo a fines del siglo XIX?
2) ¿Cuál es la teoría de la Nación al servicio del Estado?
3) ¿Qué consecuencias políticas se derivan de ella?
4) ¿Qué relaciones existen entre nacionalismo e imperialismo?
5) ¿Cómo se desarrolló el nacionalismo en la época imperialista?
6) ¿Cuáles son las características del nacionalismo racial?

LECCIÓN QUINTA

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LAS NACIONALIDADES

1) *Nacionalismo e internacionalismo*

Es incorrecta la afirmación, con tanta frecuencia expresada, de que el socialismo, desde sus orígenes, rechazó los conceptos de nación y nacionalidad, oponiéndole como antitético el más amplio y más progresivo del internacionalismo. En su concepción universalista de la sociedad, los términos nacionalidad e internacionalismo no se excluyen, sino que son complementarios. Aspirar a formas amplias de integración territorial, tanto económicas como políticas, no supone la negación de la realidad histórica y de las diversas partes que la constituyen. Así como la unidad de la nación no suprime las diversas características locales y regionales, tampoco la integración en una sociedad mundial excluye las diferencias psicológicas, las culturas, costumbres, etc., que distinguen a las naciones y les imprimen su marca histórica peculiar.

En su origen, el nacionalismo es una concepción universalista, y de ninguna manera particularista. La Revolución Francesa proclamó la universalidad de la nación, del hombre como ciudadano y de la nación como parte del universo. Este espíritu cosmopolita de la nacionalidad, tomado de Montesquieu (1689-1755) y de Rousseau, (1712-1778) se manifiesta en la Declaración de los Derechos del Hombre y en la creencia, tantas veces expuesta por los escritores de la época revolucionaria, de que Francia había hecho la revolución y conquistado la libertad, no sólo para ella, sino para beneficio de toda la Humanidad.

Este sentido universalista de la nación lo compartieron fuera de Francia, entre otros, los nacionalistas italianos.

Mazzini

Mazzini tenía fe en la humanidad y en el progreso perpetuo del recto sentido moral de los hombres y de los pueblos. Por ello, el campeón del nacionalismo italiano defendió con entusiasmo la unión de todos los pueblos y la conveniencia de una Europa unida en lo político, en lo social y en lo económico.

Los precursores del socialismo, sobre todo los franceses, concibieron siempre la nación como una parte de la humanidad. Francisco Babeuf (1760-1797) y sus discípulos, cuando se refieren a la defensa nacional de la Francia revolucionaria, afirman en sus manifiestos que "el amor por la república se agregaba al que sentían por la sociedad" y "consideraban al pueblo francés como un miembro de la gran sociedad humana".

2) *La idea nacional en el socialismo utópico*

Los precursores del socialismo en Francia fueron en realidad los que fundaron la doctrina internacionalista, a la que años más tarde dieron forma científica Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895). Su internacionalismo contiene un hondo sentido nacional, heredado de la Revolución Francesa.

Saint Simon (1760-1825), a quien se considera el primer socialista francés, dedicó una de sus primeras obras a armonizar la doble idea de nacionalidad y universalidad. El título del libro, escrito en 1814, es una síntesis de lo esencial de la doctrina: *De la reorganización de la sociedad europea, o de la necesidad de reunir a los pueblos de Europa en un solo cuerpo político, conservando cada uno su independencia nacional.*

En la primera parte analiza y critica el estado de Europa, y las normas de violencia que rigen, cuyas raíces se remontan a la época de Martín Lutero (1483-1546). Con-

dena el tratado de paz de Westfalia, que dio lugar a un equilibrio entre las naciones, cuyas consecuencias inevitables son las rivalidades y las guerras entre aquéllas.

Para remediar los males y peligros de la época, propuso un plan de reorganización de la sociedad inspirado en el interés común de los pueblos europeos, plan que tiene por base el sistema parlamentario.

En la segunda parte de la obra expone lo que sería la nueva Europa. Todas las naciones, conservando sus características esenciales, deben gobernarse a sí mismas por un parlamento nacional, y todas, a la vez, participarían en la constitución de un parlamento general, que decidiría de los intereses comunes de la sociedad europea.

Carlos Fourier (1772-1837), en su esquema de la gran asociación de la familia humana, concibe a Europa como una federación de naciones, dentro de la cual corresponde la primacía a Francia, porque representa la causa de la justicia, de la libertad de las naciones y de la humanidad.

El mismo sentido universalista y nacional inspira los escritos de Víctor Considérant (1808-1893), quien en su libro *La última guerra*, expresa su simpatía por las pequeñas naciones oprimidas, Hungría, Italia y Polonia, y pide que la democracia francesa declare la guerra a Austria y Rusia para liberar a aquellos pueblos. "La libertad de todas las naciones debe ser el preludio de una paz perpetua".

Una de las personalidades más notables del primer período del socialismo francés es Constantino Pecqueur (1801-1887), que en una de sus obras, publicada en 1842, traza el esquema de la sociedad universal pacífica, basada en gobiernos nacionales representativos. Su fórmula es la siguiente: "La asociación universal, bajo la autoridad representativa de un poder o congreso cosmopolita, legislativo, ejecutivo y judicial".

En esta sociedad cosmopolita subsistirán las naciones como unidades independientes, pero en escala inferior y subordinadas, en definitiva, al poder cosmopolita, pues el amor a toda la humanidad debe estar siempre por encima del amor a la patria.

Aunque era enemigo de los ejércitos permanentes, admitía la necesidad de sustituirlos por la guardia nacional, que sería la encargada en cada país de la defensa.

3) *La doctrina de las nacionalidades de Proudhon*

La doctrina proudhoniana de las nacionalidades es complementaria de la del federalismo europeo.

Pedro José Proudhon (1809-1865) consideraba que desde el punto de vista histórico, y tomando en cuenta los intereses supremos de la humanidad, el sistema de los Estados centralizados, tal como existían en su época, estaba ya fuera de lugar, por lo cual la estructura de Europa debía cambiarse por la de una gran federación, o de una confederación de federaciones.

Proudhon

De igual manera que en la producción y en la economía las mutualidades ejercían todas las funciones, en la organización política de la sociedad "el federalismo asegurará la ejecución y el respeto del contrato de la federación, cuya esencia es reservar un papel cada día más grande a los ciudadanos a expensas del Estado y a las autoridades municipales y provinciales sobre las centrales".

A consecuencia de lo anterior, Europa se transformaría en una federación, no de Estados centralizados, sino de Estados descentralizados, en los cuales la separación de los poderes alcanzaría los límites más extremos, y la autoridad confederal central sería reducida a la simple función de iniciativa general, de garantía mutua y de vigilancia.

Aunque Proudhon fue un gran pacifista y enemigo de la guerra, no dejó por eso de ser, al mismo tiempo, un ardiente patriota francés. En una de sus últimas obras, después de comprobar con amargura que desde 1789 la guerra no había cesado de ser el estado normal de las naciones, escribió lo siguiente: "El patriotismo puede ser más o menos ardoroso en cada uno de nosotros, pero su naturaleza es la misma y su ausencia es una monstruosidad".

4) *Marx y el nacionalismo*

La doctrina internacionalista de Marx y Engels, y su posición ante los problemas nacionales, sobre todo en los casos de Polonia, Italia, Alemania, Hungría y las nacionalidades eslavas, requieren ser situados directamente en su época, en relación con las circunstancias históricas contemporáneas.

El rasgo decisivo de la sociedad europea al mediar el siglo pasado, cuando nace la teoría marxista, es su carácter burgués y capitalista. La nueva sociedad, después de la revolución industrial, se ha internacionalizado y, en consecuencia, sus clases sociales fundamentales, burguesía y proletariado, sin haber perdido totalmente las características nacionales, son clases internacionales cuando se las considera desde el punto de vista de sus intereses, tanto presentes como futuros. Por lo tanto, la solidaridad entre la clases, la identidad de fines económicos entre ellos, es más fuerte que la solidaridad nacional. "Proletarios de todos los países, uníos", es el lema del Manifiesto Comunista, destinado a ser el fundamento teórico del socialismo contemporáneo.

Este criterio internacionalista se conjuga con una actitud de franca defensa de las nacionalidades oprimidas o en vías de formación, siempre que coincidan con el interés de la causa suprema que es la destrucción del despotismo y de la reacción europeos, representados por Rusia, Inglaterra y Austria.

En 1848, con motivo de la guerra entre Alemania y Dinamarca, Marx expuso estas ideas en la *Nueva Gaceta del Rin:*

> La guerra que probablemente saldrá de los acuerdos de Francfort, será una guerra de Alemania contra Prusia, Inglaterra y Rusia. Y esta guerra precisamente es la que está necesitando apremiantemente el movimiento alemán, que empieza a adormecerse: una guerra contra las tres grandes potencias de la contrarrevolución, una guerra que permita a Alemania asimilarse de una vez a Prusia, que haga de la alianza con Polonia una inexcusable necesidad, que provoque la inmediata emancipación de Italia, que se encamine directamente contra los viejos aliados contrarrevolu-

cionarios de Alemania, desde 1792 a 1815, una guerra que "ponga a la patria en peligro", y al ponerla, la salve, condicionando el triunfo de nuestro país al triunfo de la democracia.

El pensamiento de los fundadores del socialismo en la cuestión de las nacionalidades era que la conveniencia y las necesidades de la revolución mundial debían prevalecer sobre toda otra consideración. Por lo tanto, en los casos de Alemania, Polonia e Italia debía apoyarse el movimiento de emancipación nacional, porque era progresivo y se dirigía contra las potencias que representaban la reacción en Europa. En cambio, debían combatirse los nacionalismos de los checos y croatas que se habían aliado a las potencias reaccionarias para reprimir y derrotar las revoluciones democráticas.

Franza Mehring, biógrafo de Marx, sintetiza así la actitud marxista:

El derecho histórico de los grandes pueblos civilizados a desarrollarse revolucionariamente estaba, según Engels, por encima de las pugnas de esos pueblos raquíticos e impotentes (se refiere a los pueblos balcánicos) para lograr su independencia, aun cuando en aquel gran avance se marchitase, pisoteada, más de una dulce florecilla nacional; con esto, no se hacía más que capacitar a esas pequeñas naciones para incorporarse a un proceso histórico, que, de quedar abandonados a su propia suerte, los dejaría al margen. En 1882, cuando los anhelos de emancipación de los países balcánicos vinieron a chocar con los intereses del proletariado europeo, Engels aconsejó a éste que prescindiese de aquellos instrumentos del zarismo, pues en política están de más las simpatías románticas.

5) *Los congresos obreros y el nacionalismo*

Cuando al finalizar el siglo pasado se constituyeron en Europa los grandes partidos políticos obreros, la situación histórica había cambiado fundamentalmente en cuanto a los problemas nacionales.

El proceso de unificación nacional había terminado en Alemania e Italia, y parecía cerrado el ciclo de las guerras

nacionales. Subsistían, sin embargo, los problemas del nacionalismo, ya que Polonia, Checoslovaquia y otros pequeños países centroeuropeos continuaban anexionados a las grandes potencias. Pero estas cuestiones habían de resolverse en el plano mundial de las pugnas entre los grandes Estados de Europa. Así se puso de manifiesto con ocasión de la guerra balcánica de 1912 y, sobre todo, en la primera Guerra Mundial.

Otro hecho de importancia inmensa era el rumbo imperialista que tomaba la política de las grandes potencias y la marcha hacia la conquista de los continentes no desarrollados. La palabra nacionalismo adquiría ahora un nuevo significado. No expresaba ya las legítimas aspiraciones de minorías y pueblos sojuzgados, sino afanes de engrandecimiento colonial, al privar de la libertad y de la independencia a otros pueblos.

Las rutas del imperialismo, recién nacido, conducían, rápida e inevitablemente, a la guerra mundial. El espectro amenazador de ésta se paseaba a diario por Europa y empavorecía a sus habitantes. Por esta razón, en todos los congresos obreros, nacionales e internacionales, los problemas del nacionalismo y de los derechos de los pueblos y minorías sometidas, se discutieron en relación con los de la amenaza de guerra.

El Partido Obrero francés, fundado por Julio Guesde (1845-1922), definió en 1893 lo que llamaba su "patriotismo internacionalista", para diferenciarlo del "patriotismo burgués".

En un manifiesto que lleva el título de "Socialismo y patriotismo", el Consejo Nacional del Partido refuta los propósitos de alterar la naturaleza del internacionalismo y afirma que "la patria es una etapa necesaria en el camino de la unidad", o "de la patria humana, que reclama el estado social de la producción".

En otro manifiesto, publicado el mismo año con motivo de las elecciones nacionales, el Partido Obrero reafirma este actitud de la siguiente manera: "El Partido Obrero francés es el único partido verdaderamente patriota", pero patriota "de la Francia grande, de la Francia emancipadora, la cual para imponer la paz en el mundo

sólo necesitará colocarse a la cabeza del movimiento socialista internacional".

Sin embargo, la idea central de los socialistas franceses es, fundamentalmente, internacionalista, y aconseja que prevalezcan los vínculos de solidaridad internacional entre los obreros sobre los de solidaridad nacional.

Juan Jaurès (1859-1914) analizó las relaciones entre el proletariado y la nación, refutando la tesis de que "el proletariado no tiene patria".

En una serie de artículos publicados en *La Petite République* (diciembre 1901 a enero de 1902) afirma que el patriotismo del proletariado francés no tiene carácter absoluto, sino que es condicionado por varios factores. Es un patriotismo apasionado de la democracia, de la justicia social y de la igualdad. Se orienta hacia el futuro, con esperanza en el triunfo del trabajo. El proletariado está unido al suelo natal por lazos indisolubles, en grado tal que el instinto vital de la conservación individual es sólo el primer grado, la etapa preliminar de la unidad orgánica, que es la nación, en la cual el individuo se siente solidario del grupo humano.

En pugna con algunas de las ideas expuestas por Marx y Engels, dice Jaurès que aun en el caso de que la nación victoriosa en una guerra llevara el socialismo a la nación vencida y emancipara de la opresión capitalista, el proletariado, liberado de esta manera, no se consideraría realmente libre y satisfecho. Sin embargo, agrega inmediatamente, el antagonismo universal entre las clases sociales es tan real como la solidaridad internacional entre los trabajadores. Por lo tanto, si los obreros de una nación se encontraran en el trance de elegir entre la emancipación universal del trabajo o la existencia de su patria, es ésta, la patria, la que debe sacrificarse a la humanidad obrera.

Los socialistas alemanes han sido considerados tradicionalmente como los expositores más autorizados de la teoría socialista y los mejores intérpretes de la doctrina marxista. De ahí la importancia que tiene el conocimiento de lo que pensaron sobre los problemas de la nación y del internacionalismo, sobre todo teniendo en cuenta que las resoluciones y acuerdos de los congresos obreros internacio

nales fueron en gran parte obra de los delegados de Alemania.

El socialismo alemán, siguiendo la línea que trazaron sus fundadores, es rigurosamente internacionalista. El Programa de Erfurt lo expone en forma rotunda, cuando afirma que "los intereses de la clase obrera son los mismos en todos los países donde existe el modo de producción capitalista".

Al comentar el programa, su autor, Carlos Kautsky (1854-1938), dice que el proletariado no tiene patria, pues contrariamente a lo que sucede con el capitalismo, no está ligado a su país por ningún interés especial. Por esto "el proletario es un verdadero ciudadano del mundo. Su patria es el universo entero".

Algunos años después, en 1907, Kautsky modificó estas ideas y tomó una actitud menos rígida. En un folleto titulado *Patriotismo y socialdemocracia* expone la tesis de que en la sociedad capitalista actual no hay un patriotismo común, sino un patriotismo de la clase burguesa y un patriotismo del proletariado. El patriotitsmo burgués se identifica con los intereses de la clase capitalista; es, en realidad, defensa de la plusvalía que los explotadores se adueñan a costa de su propia nación. El patriotismo del proletariado, contrario al anterior, sólo es concebido en función de la reestructuración socialista de la sociedad.

Augusto Bebel (1840-1913), otro de los fundadores de la socialdemocracia alemana, y quizá su jefe más notable después de muertos Marx y Engels, tuvo en el Congreso de Essen, celebrado en el año 1907, una actitud indudablemente nacionalista.

Con motivo de la discusión originada por un discurso patriótico pronunciado por el diputado socialdemócrata Gustavo Noske (1868-1946) en el Reichstag, Bebel manifestó:

> Si en alguna ocasión debemos defender verdaderamente la patria, nosotros la defenderemos, porque ella es nuestra patria, el suelo sobre el cual vivimos, la lengua que hablamos, las costumbres que son nuestras; porque queremos hacer de nuestra patria un país que no tenga semejante en el mundo en perfección y en belleza.

Desde su fundación en 1889, la Internacional Socialista hubo de ocuparse, casi con preferencia, de la amenaza de guerra y de la actitud que deberían adoptar los trabajadores en caso de que la amenaza se convirtiera en trágica realidad. En todos los congresos se acordó que el proletariado estaba unido por los vínculos de la solidaridad internacional de clase, y que debía oponerse, conjuntamente y en cada país, a la guerra si ésta se declaraba.

Pese a la reiteración de estas decisiones internacionalistas y antibélicas, los partidos socialistas europeos más importantes, cuando comenzó la primera Guerra Mundial, cambiaron el rumbo y marcharon por los caminos del nacionalismo patriótico.

Con respecto al problema de las nacionalidades y de las minorías nacionales, la Internacional Socialista fijó su posición en el Congreso de Basilea de 1912 en los siguientes términos:

Los socialistas de los Balcanes deberán oponerse a la renovación de las antiguas enemistades.

Los partidos socialistas de la península de los Balcanes tienen una difícil tarea.

Las grandes potencias de Europa han contribuido, por el aplazamiento sistemático de todas las reformas, a crear en Turquía un desorden económico y político y una sobreexcitación de las pasiones nacionales que deberían conducir necesariamente a la rebelión y a la guerra contra la explotación de ese estado de cosas por las dinastías y por las clases burguesas.

BIBLIOTECA

Los socialistas de los Balcanes han presentado, con un valor heroico, las reivindicaciones de una federación democrática. El Congreso les pide que mantengan esa admirable actitud y espera que la democracia socialista de los Balcanes pondrá todo su empeño, después de la guerra, en impedir que los resultados logrados a cambio de tan grandes sacrificios sean confiscados por las dinastías, por el militarismo, por una burguesía balcánica ávida de expansión.

El Congreso pide, particularmente a los socialistas de los Balcanes, que se opongan con fuerza, no sólo a la renovación de las antiguas enemistades entre servios, búlgaros, rumanos y griegos, sino también a toda opresión de los pueblos balcánicos que se encuentran en este momento en otro campo: los turcos y los albaneses.

Los socialistas de los Balcanes tienen el deber de combatir todas las violencias realizadas contra los derechos de esos pueblos y de afirmar, frente a la patriotería y a las pasiones nacionales desencadenadas, la fraternidad de todos los pueblos de los Balcanes, inclusive los albaneses, los turcos y los rumanos.

Los socialistas de Austria, Hungría, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina tienen el derecho de mantener, con todas sus fuerzas, su oposición enérgica a todo ataque de la monarquía del Danubio contra Servia.

Es su deber resistir como lo han hecho hasta ahora a la política que pretende despojar a Servia, por la fuerza de las armas, de los resultados de sus esfuerzos, para transformarla en una colonia austríaca y, por intereses dinásticos, implicar a los pueblos de Austria-Hungría, y con ellos a todas las naciones de Europa, en los peligros más graves.

Los socialistas de Austria-Hungría deben luchar también, en el futuro, para que las fracciones de los pueblos eslavos del sur dominados ahora por la casa de los Habsburgos, obtengan en el interior mismo de la monarquía austro-húngara el derecho de gobernarse ellos mismos democráticamente.

Los socialistas de Austria-Hungría, así como los socialistas de Italia, prestarán una atención especial a la cuestión albanesa. El Congreso reconoce el derecho del pueblo albanés a la autonomía pero no admite que, bajo el pretexto de autonomía, Albania sea sacrificada a las ambiciones austro-húngaras e italianas.

El Congreso ve en ello, no sólo un peligro para Albania misma, sino también, en un tiempo no lejano, una amenaza para la paz

entre Austria-Hungría e Italia. Es solamente como miembro autónomo de una Federación democrática de los Balcanes como Albania puede llevar verdaderamente una vida independiente.

El Congreso pide, pues, a los socialistas de Austria-Hungría y de Italia que impidan toda tentativa de su Gobierno para envolver a Albania en su esfera de influencia; les pide que prosigan sus esfuerzos para asegurar relaciones pacíficas entre Austria e Italia.

6) *Los comunistas y las nacionalidades*

Desde mucho antes de la Revolución Rusa, los comunistas habían elaborado su propia doctrina de las nacionalidades y el derecho de los pueblos a su autodeterminación.

En 1914, Vladimir Ilich Lenin (1870-1924) publicó tres extensos artículos en la revista rusa *Prosveschenie*, que exponían sus ideas y refutaban las de Rosa Luxemburgo (1870-1919) sobre el Estado nacional.

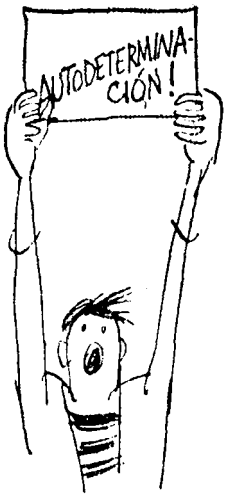
Lenin acepta la tesis, desarrollada por Kautsky en su obra *Nacionalidad e Internacionalidad*, de que "el Estado nacional es la forma que mejor responde a las condiciones actuales, es la forma en que el Estado puede cumplir con mayor facilidad su cometido".

Examinadas las condiciones históricas en que nace y se desarrolla, el Estado nacional es lo típico y normal en el período capitalista. El Estado abigarrado, desde el punto de vista nacional, o sea, el que está formado por un conjunto de pequeñas naciones oprimidas, como sucedía con Austria y Rusia, es atraso o excepción.

La autodeterminación de los pueblos es, por lo tanto, un derecho de carácter progresivo. ¿Qué es la autodeterminación de los pueblos? El derecho que éstos tienen a separarse de una agrupación nacional distinta y a constituirse en Estados nacionales independientes.

En la formación de los Estados nacionales distingue Lenin dos grandes épocas, en las cuales la conducta del proletariado es diferente.

La época primera es la del derrumbe y fin del feudalismo y del absolutismo. Durante esta época se está formando el Estado democrático burgués y los movimientos



nacionales tienen carácter de movimientos de masas, en los que participan todas las clases de la sociedad. En esta etapa, los proletarios y la burguesía están unidos en la obra de fundación del Estado nacional.

En la segunda época, los Estados capitalistas están definitivamente estructurados, la diferenciación entre las clases, anteriormente unidas, se ha verificado y el antagonismo que domina a la sociedad es el que separa al proletariado y a la burguesía. El objetivo histórico nuevo es la creación de la sociedad socialista, dentro de la cual se resolverán los problemas de las nacionalidades oprimidas, no solucionados por el capitalismo.

Las mismas ideas fueron expuestas por José Stalin (1879-1953), en 1913 y 1914 en una serie de artículos publicados en revistas rusas, y recopilados años después en un folleto cuyo título es *El marxismo y el problema nacional.*

Sin embargo, en la práctica, estos principios no se aplicaron. Cuando Georgia, con un gobierno socialista, quiso separarse de la Unión Soviética, en 1922, el ejército ocupó ese territorio. En 1939, las tropas soviéticas invadieron Polonia y anexaron la mitad de este país, —como antes hiciera el zar —sin consultar con los polacos, al mismo tiempo que las tropas nazis anexaban al Tercer Reich de Hitler (con quien Stalin había firmado un pacto) la otra mitad del país. En la misma época la URSS se anexionaba los tres países bálticos (Estonia, Lituania y Letonia) y trataba de conquistar Finlandia por la fuerza de las armas. En el sur, Besarabia fue arrebatada por la fuerza a Rumania y anexionada a la URSS sin consultar con sus habitantes.

En la política interior, aunque teóricamente la URSS es un Estado federal, la verdad es que ninguna de las Repúblicas Federadas o autónomas puede decidir su propia política; ésta es fijada por Moscú y el Comité Central del Partido Comunista. En ocasiones, Moscú decidió suprimir

repúblicas autónomas, como la judía de Biro Bidjan o la de los alemanes del Volga y lo hizo sin tener en cuenta la voluntad de sus habitantes.

Después de la guerra, Stalin ordenó la deportación en masa de los habitantes de tres pequeñas repúblicas "autónomas" de Crimena y el Cáucaso, porque durante la guerra no se habían mostrado sumisas a las órdenes de Moscú. Todos los observadores de la realidad soviética saben que hay en la URSS un nacionalismo centralista y dominador que trata de rusificar, como bajo los zares, a los múltiples pueblos que viven dentro de las fronteras soviéticas, a la vez que utilizan para la propaganda los aspectos pintorescos y folklóricos de esta multiplicidad.

En cambio, el nacionalismo ruso se ha manifestado de modos que ni Marx ni Lenin habrían reconocido como derivados de sus concepciones. Por un lado, ha hecho de todos los partidos comunistas instrumentos de la diplomacia soviética. Los partidos comunistas adoptan sus posiciones —por lo menos, hasta hace muy poco— teniendo en cuenta no los intereses de la clase obrera de sus países, sino los intereses de la URSS. Esto se vio claro durante la segunda Guerra Mundial, cuando Stalin se alió con Hitler y los partidos comunistas declararon que la guerra era imperialista y se pusieron al servicio de los nazis, para cambiar de postura en veinticuatro horas cuando los alemanes atacaron a la URSS, en 1941; a partir de aquel momento, los comunistas volvieron a ser antinazis y la guerra se convirtió de imperialista en libertadora. Fue entonces cuando Stalin sustituyó la Internacional, como himno soviético, por el himno del general zarista Kutzenov.

Este nacionalismo expansionista se manifestó también en el establecimiento de regímenes soviéticos en los países de la Europa Central y Oriental en que había fuerzas soviéticas, en la ruptura con Yugoslavia, en 1948, por negarse este país, a pesar de su gobierno comunista, a dejarse explotar por la URSS, y en la revolución pacífica de Polonia y violenta de Hungría, en 1956; en el segundo caso, los tanques soviéticos dispararon contra el pueblo, como lo hicieran antes, en 1953, en Berlín Este, cuando los obreros berlineses protestaban contra la explotación a que los sometían los sistemas de trabajo comunistas. Finalmente, esta

tendencia expansionista —imperialista, en realidad—, ha conducido al choque entre Moscú y Pekín. Los comunistas chinos consideran a los comunistas rusos como aburguesados, imperialistas, racistas y colonialistas.

La explicación de esta falsificación del internacionalismo proletario por los comunistas rusos es clara: en cuanto una casta gobernante se instaló en el poder, la revolución perdió su contenido de liberación social; para sustituirlo, se le dio un contenido de nacionalismo expansionista.

PREGUNTAS

1) ¿Cuál es la tesis socialista sobre nacionalismo?

2) ¿Cuáles fueron las ideas de los primeros socialistas sobre la nacionalidad?

3) ¿Qué doctrina nacional expuso Proudhon?

4) ¿Qué posición tuvieron Marx y Engels en el problema nacional?

5) ¿Cuáles fueron los acuerdos y tesis de los congresos obreros?

6) ¿Cuál es la teoría de los comunistas sobre el problema nacional?

Un libro de actualidad

LA EDUCACIÓN PARA EL CAMBIO SOCIAL

por

Sacha Volman

LECCION SEXTA

LAS NUEVAS NACIONES DE ASIA Y AFRICA

1) *La ampliación de horizontes*

El nacimiento en los viejos continentes de Asia y Africa de nuevas naciones, y la consiguiente incorporación a la vida independiente de muchos cientos de millones de habitantes que habían estado sometidos a la dominación colonialista, es el acontecimiento que tiene más dimensiones históricas en el presente siglo. Es prematuro calcular cuáles pueden ser sus consecuencias definitivas, ni aun en grado aproximado; sin embargo, es evidente su trascendencia, ya que la ampliación del horizonte histórico del mundo al incorporarse a la civilización moderna pueblos que, o permanecían al margen de ella o se habían quedado detenidos en el proceso general de la evolución, ha alterado la estructura y las bases de la vieja sociedad.

La fisonomía social, política y económica de cada nueva nación es muy distinta y muy diferentes también los orígenes de sus civilizaciones, su historia, su desarrollo cultural y las condiciones y formas concretas en que consiguieron su independencia.

No obstante estas diferencias esenciales, tienen de común el enorme atraso económico —la mayoría no habían pasado del feudalismo y algunas per-

manecían en período tribal—, su condición de países coloniales, la carencia de instituciones políticas propias y su falta de cohesión nacional.

Es así, con esta heterogeneidad de condiciones, como irrumpen en la historia actual, para darle un nuevo y más ancho curso, las nuevas naciones a quienes la segunda Guerra Mundial sacó de un letargo secular.

2) *Las condiciones socioeconómicas*

Uno de los rasgos más negativos del imperialismo moderno fue el hacer imposible el desarrollo económico y el progreso político y social de los países que vivían sometidos a vasallaje colonial. La fase imperialista ha durado un siglo aproximadamente, durante el cual las colonias conservaron la condición de países agrícolas subdesarrollados, carentes de industria, y con regímenes de propiedad feudales, y en muchos casos prefeudales, casi primitivos.

Pese a las inmensas riquezas de materias primas que existían en ciertas regiones de Africa y de Asia, explotadas siempre por las grandes empresas mineras europeas, los pueblos de aquellos continentes tenían las características propias de las sociedades agrarias, con economías de autoconsumo. Los tesoros de sus ricas minas los transportaban directamente las grandes compañías mineras al mercado mundial, sin que este proceso modificara las retrasadas y petrificadas formas de las comunidades coloniales. Durante un siglo ninguna de éstas fue incorporada a la civilización moderna.

El punto de partida común a la mayoría de las nuevas naciones es una economía agrícola de subsistencia, sin ninguna industria ni sistema monetario, con gran división en castas sociales, diversidad de lenguas, de religiones y de cultura.

Hay que aclarar, sin embargo, que algunos países habían conseguido ya un cierto grado de desarrollo económico, y eran poseedores de viejas y muy desarrolladas culturas: la India en Asia y Egipto en el continente africano. El siglo de permanencia inglesa en ambos países había creado en las principales ciudades —Calcuta, Madras, Bombay, El

Cairo, Alejandría— centros económicos de relativa importancia, y en ellas una pequeña burguesía artesanal y comercial, y un sector obrero considerable. Estos grupos sociales, que se desarrollaron sobre todo a partir de la primera Guerra Mundial, formaron con los intelectuales los núcleos del movimiento nacionalista.

3) *Los fundamentos teóricos*

El nacionalismo asiático y africano tomó sus raíces teóricas del nacionalismo europeo del siglo pasado, aunque se desarrolló en condiciones históricas muy diferentes. Las minorías de intelectuales nacionalistas se educaron en las universidades inglesas y francesas, y vivieron muchos años en contacto con los movimientos políticos y culturales de Europa. El caudal de ideas así adquirido sirvió de base teórica a los movimientos nacionalistas nuevos, aunque adaptándose a las peculiaridades de cada país.

Dos grandes corrientes pueden distinguirse en el nacionalismo afroasiático: una democrática, pero impregnada de fuerte sentido social, y otra socialista.

La expresión más importante de la tendencia democrática social es la Declaración de Bandung. En 1955 se celebró en esta capital una conferencia, a la que acudieron representantes de los principales países de Asia y Africa. Entre los asistentes estaban: India, República Popular China, Indonesia, Pakistán, Irán, Egipto, Etiopía, Turquía, Vietnam del Norte y del Sur.

Después de acalorados debates, en los que tomaron parte Chou En-lai (1898-) Jawaharlal Nehru (1889-1964), Achmed Sukarno (1901-) y otros, la Conferencia publicó una declaración, que debía ser la expresión del sentimiento y de las aspiraciones comunes de los pueblos de Asia y Africa.

La declaración, después de examinar los problemas económicos y sociales que requerían pronta solución, trató los relativos a los derechos humanos y a la autodeterminación de los pueblos, expresándose así:

1. La Conferencia asiático-africana manifiesta su pleno apoyo a los principios fundamentales de los derechos humanos, declarados en la Carta de las Naciones Unidas, y toma nota de la Declaración Universal de los Derechos Humanos para que sean norma común de todas las personas y todas las naciones.

La Conferencia declara su pleno apoyo a los principios de la autodeterminación de los hombres y de las naciones, como se formularon públicamente en la Carta de las Naciones Unidas sobre los derechos que tienen los hombres y los pueblos a su propia determinación, lo cual es un prerrequisito para poder gozar plenamente de todos los derechos humanos fundamentales.

2. La Conferencia asiático-africana deplora las políticas y prácticas de segregación y discriminación raciales que son la base del gobierno y de las relaciones humanas en muchas regiones de Africa y de otras partes del mundo. Tal conducta, no solamente es una violación indecorosa de los derechos humanos, sino también una negación de los valores fundamentales de la civilización y de la dignidad humanas.

La Conferencia manifiesta su simpatía y apoyo a la valerosa resistencia que han opuesto las víctimas de la discriminación racial, especialmente los habitantes de Africa, la India y aquellos de origen pakistano que viven en el Africa del Sur; aplaude a todos aquellos que defienden su causa, reafirma la determinación de asiáticos y africanos de destruir todo rastro de racismo que pudiera existir en sus países; y promete que usará toda su influencia moral para resguardar del peligro a sus víctimas, para que no caigan en la lucha por desarraigar el mal.

Los problemas de las poblaciones dependientes

1. La Conferencia asiático-africana discutió los problemas de las poblaciones dependientes, del colonialismo y de los males que surgen cuando se somete a los pueblos a sujeción, dominio y explotación extranjera.

La Conferencia está de acuerdo en:

a) declarar que el colonialismo y todas sus manifestaciones son un mal que deberá ser destruido lo más pronto posible;

b) afirmar que la sujeción a extraños, dominación y explotación constituye una negación de los derechos humanos fundamen-

tales, es contraria a la Carta de las Naciones Unidas y un impedimento para promover la paz mundial y la cooperación;

c) declarar su apoyo a la causa de la libertad e independencia de tales personas, y

d) hacer un llamado a las fuerzas interesadas que pueden darles libertad e independencia.

2. En vista de la incierta situación del Africa del Norte y de la persistente negación a los africanos del norte al derecho de su propia determinación, la Conferencia asiático-africana manifiesta su apoyo a los derechos de los pueblos de Argelia, Marruecos y Túnez, para la autodeterminación y la independencia e insta al gobierno francés a tratar de establecer un arreglo pacífico sin dilación.

En la parte final de la Resolución, la Conferencia formuló la siguiente declaración de principios para promover la paz y la cooperación:

1. Respetar los derechos humanos fundamentales y los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas.

2. Respetar la soberanía e integridad territorial de todas las naciones.

3. Reconocimiento de la igualdad de razas e igualdad de todas las naciones grandes y pequeñas.

4. Abstención de intervención o interferencia en los asuntos internos de otros países.

5. Respetar el derecho de cada nación a defenderse sola o colectivamente, en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

6. Abstención del uso de arreglos de defensa colectiva para servir intereses particulares de cualquiera de las naciones poderosas.

7. Abstención de cualquier país de ejercer presión sobre otros países.

8. Abstenerse de actos de amenazas de agresión o uso de la fuerza contra la integridad territorial o independencia política de cualquier país.

9. Arreglar las disputas internacionales por medios pacíficos, tales como negociaciones, conciliaciones, arbitraje o arreglos jurídicos, así como otros medios pacíficos que escojan las partes afectadas, en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

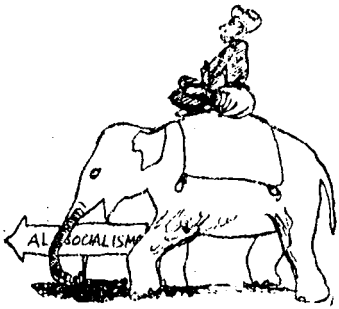
10. Promoción de intereses mutuos y cooperación.

11. Respeto a la justicia y obligaciones internacionales.

Es Nehru el político y el pensador más notable del nacionalismo asiático. El ejemplo de la India es de un valor histórico excepcional como ensayo de fundar un inmenso Estado sobre bases democráticas y socialistas. Aumenta su importancia debido a que el duelo en Asia entre dos sistemas, el comunista y el socialista democrático, se decidirá a favor de uno u otro según sea el resultado de la gran experiencia india.

Nehru expuso en libros y discursos el destino de la India y las rutas que debe seguir para salir del secular atraso en que ha vivido. La clave del futuro indio está en la reforma agraria y en la industrialización del país. La ruta por la que hay que avanzar es la de la democracia y el socialismo.

Pero la democracia y el socialismo en un país sin grandes centros industriales, con un sistema agrario feudal, un retraso económico de siglos, con una burguesía y un proletariado poco denso y sin una conciencia política madura, con la existencia de castas herméticamente cerradas y separadas entre sí, con arraigadísimos prejuicios religiosos y el peso enorme de las tradiciones, no pueden crearse rápidamente y han de vencerse antes muchas y muy fuertes resistencias.



Hablando del proceso creador de la democracia socialista en la India, decía Nehru en un discurso pronunciado en 1954: "En un país como la India —país subdesarrollado— el socialismo, la creación de una sociedad con base real socialista, sólo puede emprenderse y lograrse gradualmente."

Al referirse a los ejemplos de China y de Rusia agregó que, además de no ser aceptables, han necesitado y necesitan mucho tiempo para avanzar por los caminos del socialismo, no obstante la adopción de medidas compulsivas para la aplicación de las medidas de política económica o social.

Quizá el método indio sea más lento, pero en definitiva, sin privar al pueblo de su libertad y mejorando continuamente su condición de vida, destruirá la vieja estructura social y la reemplazará por un sistema socialista.

Egipto es para el continente africano lo que India y China pretenden ser para Asia: focos poderosos de irradiación ideológica y política. Gamal Abd-el Nasser (1918-) aspira a ser el campeón político, no sólo del mundo árabe, sino de todos los pueblos de Africa. Cuando habla de socialismo árabe expresa dos propósitos que en su mente se confunden: el panarabismo y el panafricanismo.

Nasser atribuye a Egipto un papel providencial en Africa, y con frecuencia lo compara con el de la Roma antigua. En su libro *La filosofía de la Revolución* afirma, por ejemplo, que el pueblo africano considera a Egipto el guardián del continente y el lazo de unión entre éste y el resto del mundo. "El Nilo, arteria vital de nuestra nación, tiene su nacimiento en el corazón del continente." Por eso Egipto no puede ser indiferente en la terrible batalla que han sostenido 200 millones de africanos para conquistar su independencia y su emancipación.

Yo sueño con que llegue el día de ver crear en El Cairo una institución de la Gran Africa, con la misión de enseñarnos todos los aspectos del continente, de crear en nosotros una conciencia africana clara, y asociar con ella el trabajo en todo el mundo para el progreso, la prosperidad y la riqueza de los pueblos de Africa.

La sociedad, la nueva sociedad, que Egipto aspira implantar dentro y fuera de sus fronteras, es "una sociedad socialista, democrática y cooperativa, libre de toda clase de explotación política, social y económica".

En un discurso pronunciado en mayo de 1962 define así Nasser el socialismo árabe:

La democracia política no puede estar separada de la democracia social. Ningún ciudadano puede considerarse libre para votar mientras no se le hayan dado las tres garantías siguientes:

Ser libre de cualquier forma de explotación.

Gozar de igual oportunidad para tener su parte de la riqueza nacional.

Tener la mente libre de todo temor a carecer de seguridad en el futuro.

Sólo cuando los ciudadanos posean estas tres garantías, se podrá decir que tienen libertad y pueden participar con su voto en la creación del Estado a que quieran pertenecer. La democracia política no puede existir bajo la dominación de una clase. Democracia significa literalmente el dominio y soberanía del pueblo, de todo el pueblo.

Esta obra, la doble revolución política y social que simultáneamente ha de hacer Egipto, sólo puede realizarla el ejército, la única fuerza coherente y unida que existe en el país y con clara conciencia del destino histórico nacional.

Otro de los dirigentes más destacados del nacionalismo democrático africano en Kwame Nkrumah (1909-), fundador del nuevo Estado independiente de Gana.

En el prólogo de su libro *Un líder y un pueblo,* expone sus ideales y objetivos:

La ideología de mi partido puede formularse como sigue: ninguna raza, ningún pueblo, ninguna nación puede existir libremente ni ser respetada en su propio territorio y en el extranjero si no goza de libertad política.

Una vez obtenida esta libertad, entra en juego una tarea mayor. Todos los territorios dependientes están atrasados en la educación, la agricultura y la industria. La independencia económica que debe seguir y sostener a la independencia política exige todos los esfuerzos del pueblo, una movilización total de la inteligencia y los recursos de potencial humano. Lo que ha tomado trescientos años para lograrse en otros países, un territorio que ha sido dependiente tiene que tratar de realizarlo en una generación para poder sobrevivir. Si no cobra el impulso, como si dijéramos, de un avión a reacción, se retrasará y arriesgará todo aquello por lo que ha peleado.

El capitalismo es un sistema demasiado complicado para una nación que acaba de obtener su independencia. De ahí la necesidad de una sociedad socialista. Pero inclusive un sistema basado en la justicia social y en una constitución democrática puede necesitar el apoyo, durante el período que sigue a la independencia, de medidas de emergencia de tipo totalitario. Sin disciplina, la verdadera libertad no puede sobrevivir. En todo caso, la base debe ser una burocracia leal, honesta, trabajadora y responsable en la que pueda confiar el partido en el poder. Las fuerzas armadas deben consolidarse también para la defensa.

La fundación en Africa del Norte de un nuevo Estado, Argelia, al que se pretende dar formas socialistas, es de gran importancia histórica. Su dirigente más destacado, Ben Bella, ha expuesto su ideario en diversos artículos de periódico. En síntesis es el siguiente:

Argelia debe adoptar la forma social de un régimen socialista, pero de un socialismo propio, o sea argelino.

Es esencial la reforma agraria, pues el país es fundamentalmente campesino. Su base la componen siete millones de campesinos.

La reforma agraria colectivizará la tierra y creará cooperativas para su administración y explotación.

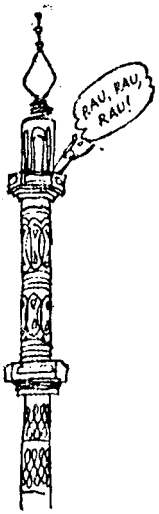
La dirección del nuevo Estado corresponde a toda la población, y no sólo a la clase trabajadora.

El arabismo no está fundado en la raza o en el color de la piel; es tan sólo una actitud política internacional a favor de la paz y de neutralidad ante los bloques de las grandes potencias. El principal problema del arabismo es oponerse tanto al colonialismo tradicional como al neocolonialismo.

4) *Arabismo y africanismo*

El nacionalismo africano tendió desde sus comienzos a desbordarse más allá de sus fronteras y ampliarse e integrarse sobre bases ultranacionales. De esta tendencia expansiva han nacido el arabismo y el africanismo. El nacionalismo contemporáneo africano cultiva más lo continental y lo supranacional que lo puramente nacional. En eso consiste

una de sus más importantes diferencias con el nacionalismo democrático europeo de mediados del pasado siglo.



Nasser ha sido el campeón del arabismo y aspira a fundar una gran Arabia, de la que Egipto sería el núcleo y la capital espiritual. Aspiraciones análogas expresan con frecuencia en sus discursos y escritos, Burguiba de Túnez y Ben Bella de Argelia.

En su libro *La filosofía de la Revolución* describe Nasser los elementos que constituyen la fuerza de Egipto y que determinan su función histórica futura. Los dos primeros elementos, los dos primeros círculos como él los denomina, son: el círculo árabe y el círculo africano, de los cuales Egipto es el impulsor y el guardián, debido a la posición geográfica que ocupa en el cruce de tres continentes.

Este mismo criterio supranacionalista inspira la doctrina nasseriana del socialismo árabe y de la Unión Socialista Arabe.

Ben Bella considera el arabismo, no como un problema de raza, de sangre o de color, sino como un medio de poner énfasis en el neutralismo y anticolonialismo de la política exterior de Argelia.

El arabismo para mí es un neutralismo activo y dinámico, que puede servir para reforzar la paz. Pero este neutralismo no puede confundirse con el que practican aquellos que permanecen al margen de los problemas del día.

El pensamiento nacionalista africano es, esencialmente, africanista.

El africanismo es sobre todo una aspiración a la independencia, a la emancipación del colonialismo practicado durante un siglo por las grandes potencias europeas. El nacionalismo en el continente negro tiene otra aspiración, común a todos los pueblos que allí viven: superar la estruc-

tura tribal y fundar naciones modernas. Pero, salvo en contados casos, el contenido ideológico del nacionalismo de las nuevas naciones es esencialmente africanista. El vínculo racial, que sobrepasa las fronteras, es la base del nacionalismo africano.

Los intelectuales y dirigentes políticos de Africa se educaron en Europa, y fue en París, Londres, Moscú y Berlín donde se formaron ideológicamente. Aunque predomina en ellos la tendencia democrática y socialista, es muy fuerte también la tendencia totalitaria. Una característica notable del nacionalismo africanista es su preferencia por el partido político único, como medio de formar una nación democrática moderna. Algunos líderes nacionalistas se esfuerzan por resucitar la vieja cultura africana, y en crear una ideología panafricana, que sea la doctrina común de todos los pueblos de Africa, y la base de los Estados Unidos de Africa.

Para comprender estas contradicciones de los países nuevos es preciso tener en cuenta que los grupos dirigentes, en ellos, no son verdaderamente revolucionarios. Se trata de grupos salidos de la clase media, que aspiran a mantenerse en el poder y a establecer una sociedad capitalista. Pero como no está de moda —en gran parte debido a la propaganda comunista— hablar de capitalismo, esos dirigentes hacen su labor pro capitalista, en el gobierno, a la vez que de palabra y por escrito se presentan como muy revolucionarios, socialistas y antiimperialistas. Sin embargo, nadie puede negar el carácter expansionista, imperialista, (que no es más eficaz por falta de fuerzas materiales) de gobiernos como el de Nasser y el de Sukarno, ambos, por lo demás, defensores de un tipo de "democracia" que llaman dirigida y que es una dictadura disfrazada, es decir, una prueba de falta de confianza en la capacidad del pueblo de aprender la democracia y de gobernarse a sí mismo. Son gobiernos paternalistas, verdaderos gobiernos coloniales de una *élite* de la clase media, los militares y los intelectuales, que protegen paternalísticamente a los pueblos... a la vez que los exprimen y explotan. Pues otra característica de esos nuevos regímenes es su corrupción y el despilfarro de sus dirigentes, que viven como nunva vivieron los antiguos colonos.

Esto era, probablemente, inevitable, dado el estado de

atraso en que las potencias coloniales habían mantenido a esos pueblos y la imposibilidad para la masa de aprender la política y de formarse una mentalidad democrática. Pero el hecho de que sea lógico no lo hace excusable ni obliga a condonar los excesos, amenazas, demagogia y corrupción de esos dirigentes que pretenden dar lecciones de moral a todo el mundo.

Para los nuevos países de Asia y Africa el problema es muy parecido al que se plantea a los no tan nuevos países de América Latina: de países basados en divisiones administrativas, hacer patrias y naciones, y con ellas formar unidades supranacionales. Para esto, es preciso sacar a las masas sumergidas de su aislamiento, es necesario que se vaya al pueblo, se dé al pueblo conciencia de sus derechos, de sus necesidades, de sus posibilidades, se le organice y se le movilice. Porque no hay nación formada sólo con minorías privilegiadas y parásitas, tanto si los parásitos son extranjeros como si son nacionales.

Más que las frases sonoras a base de abstracciones, lo que importa, cuando se trata de medir la acción de esos furibundos nacionalistas, es ver lo que han hecho por sus pueblos. Si los pueblos siguen siendo víctimas de la explotación de usureros, de latifundistas, y siguen siendo mandados por militares y expoliados por políticos, el nacionalismo de esos dirigentes de lo que llaman el tercer mundo y la tercera posición es un falso nacionalismo, una máscara para disimular su rostro verdadero de sucesores de los colonos de antes de la independencia, de herederos de sus métodos de opresión. Estos métodos, los colonos antiguos los aplicaban en nombre de la civilización; los nuevos colonos (los líderes pseudonacionalistas y terceristas) los aplican en nombre de una nación que ellos son los primeros, con sus dictaduras, sus demagogias y su parasitismo, en impedir que pueda llegar a formarse.

Los nuevos países africanos y asiáticos son un ejemplo viviente de cómo en materia de ideologías y política conviene desconfiar siempre de las etiquetas. La etiqueta nacionalista sirve, hoy, para cubrir el imperialismo soviético y el chino, para ocultar el nuevo colonialismo interno de las castas dirigentes en los países que han llegado hace poco a la independencia, y para disimular la persistencia de la

oligarquía latinoamericana en el poder, aliada con comunistas, castristas y otros demagogos. Si queremos realmente servir a nuestros países, hemos de aprender a arrancar esas etiquetas y a ver lo que hay detrás de ellas. Sólo si no nos dejamos engañar podremos ser útiles a nuestras naciones y preparar el camino para superar el nacionalismo y marchar hacia la formación de unidades supranacionales, con las que sea más difícil oprimir al pueblo.

PREGUNTAS

1) ¿Cuáles son las características de las nuevas naciones?
2) ¿Qué principios se proclamaron en la Conferencia de Bandung?
3) ¿Cuál es la teoría de Nehru?
4) ¿Qué es el nacionalismo de Nasser?
5) Ideas de Nkrumah.
6) ¿Cuál es el ideario de Ben Bella?

Al leer el diario
CONSULTE:
VOCABULARIO POLÍTICO
Manual de Educación Cívica Nº 6

LECCIÓN SÉPTIMA

EL NACIONALISMO EN LA AMÉRICA LATINA ACTUAL

1) *El nacionalismo positivo*

Las fronteras de los veinte países que constituyen la América Latina corresponden, sobre poco más o menos, a las divisiones administrativas del período colonial español. Casi todos estos países obtuvieron su independencia, en un principio, no separándose de España, sino de la corona española, que había sido usurpada por uno de los hermanos de Napoleón. De esta suerte, las actuales repúblicas habíanse convertido en Estados antes de haber adquirido características nacionales diferentes, y a esta circunstancia se debió, a su vez, la manifestación de un sentimiento "continental", por el que cada país se sentía participante de un conjunto mayor, América Latina. Simón Bolívar, el jefe más insigne de los movimientos de independencia, se pronunciaba, a la vez, por la unidad latinoamericana, y hasta llegó a convocar, con tal propósito, una reunión de Estados americanos, en Panamá. Siguieron a éste otros intentos de promover la unidad latinoamericana, que, en unos casos, eran de orden regional (la Federación del Istmo, por ejemplo), y en otros, político (fundación del APRA, en Perú). Todas estas tentativas fracasaron, sin duda, pero no sin haber conseguido que se robusteciese el anhelo de libertad, especialmente entre los intelectuales y la clase media.

Como consecuencia de esto, el intelectual latinoamericano fue, hasta hace unos veinte años, "continentalista"; abogaba por la unión de los países latinoamericanos, a fin de resolver los problemas importantes del Continente, fomentar la agricultura, mejorar la enseñanza, echar sólidos

cimientos para el desenvolvimiento de las instituciones y estimular la manifestación de una cultura continental. La esperanza expresada por José Vasconcelos (1882-1959), el filósofo mexicano, en *La raza cósmica*, sirvió de vehículo a las que abrigaba la mayoría de los intelectuales latinoamericanos, con independencia de sus posiciones políticas. En América, según decía Vasconcelos, habíanse fundido dos culturas, la occidental y la indígena. Asimismo, se habían amalgamado dos razas —blanca e india—. A su juicio, América Latina sería, en el futuro, el crisol de una nueva cultura, síntesis de la oriental y la occidental.

El desarrollo de la conciencia nacional en cada una de las repúblicas latinoamericanas se basaba en elementos concretos, no en ideas abstractas. Era producto, no sólo de la división administrativa del período colonial, de los factores geográficos y de las ambiciones personales de los caudillos, sino también de la mezcla progresiva de las razas, la abolición de la esclavitud, la constitución de partidos políticos (conservadores y liberales), y, por último, el desenvolvimiento de la industrialización y el sindicalismo.

Al igual que en la segunda mitad del siglo XIX, el apremio de los problemas del momento obligó al movimiento obrero —que tuvo su origen en los inmigrantes salidos de Europa después de las revoluciones de 1848 y de la Comuna de París— a adoptar un programa pragmático, carente de objetios ideológicos, y, por ende, el sentimiento de nacionalidad era también pragmático en su orientación. Nadie hablaba de conseguir la supremacía en América Latina; las ideas de expansión y de superioridad nacional, otrora comunes en las recién alumbradas naciones europeas, a nadie se le vinieron al pensamiento.

Ninguna de las guerras habidas entre países latinoamericanos se proponía conquistas territoriales, y únicamente una de ellas (la Guerra del Pacífico, 1879-1881) ocasionó modificaciones fronterizas de importancia. Como tampoco necesitaron recurrir a las armas Uruguay, para separarse

de Argentina, ni Guatemala, de México, en los comienzos de la independencia.

A un nacionalismo que va tomando cuerpo en tales circunstancias, cabe llamarlo positivo o realista. Eran tan urgentes las tareas planteadas con la independencia, que absorbían por entero la atención de los estadistas y del pueblo todo —cómo afrontar, verbigracia, los graves problemas de los agricultores sin tierra, de una clase media sin escuelas, de unos artesanos sin capital—. El sentido nacionalista se desarrollaba sólo en la medida en que cada Estado se ponía al servicio de sus ciudadanos. La nación no era un símbolo, el resultado de un "pasado glorioso", una entidad abstracta, sino algo concreto y tangible —el ciudadano y la comunidad—.

2) *El pragmatismo*

Eso explica por qué en América Latina, no obstante la propensión a la retórica, heredada de España, los programas de todos los partidos políticos, desde la izquierda radical a la extrema derecha, hayan estado, casi exclusivamente, destinados a hacer frente a situaciones del momento. Por eso, uno de los rasgos más permanentes de los programas liberales, en la primera mitad del siglo XIX, fue la exigencia de presupuestos anuales; y los conservadores, durante la misma época, luchaban insistentemente por el acrecentamiento de la inmigración. En el último tercio del siglo XIX, ni los mismos partidos socialistas ni las uniones obreras reclamaban el establecimiento del socialismo, sino que se limitaban a pedir leyes que protegieran la salud del obrero; y, en la Argentina, a lo que aspiraban era al pago de sus salarios en pesos oro, que no podían ser devaluados. Puede decirse, pues, que en contenido y espíritu, el nacionalismo latinoamericano se acercaba más al nacionalismo anglosajón que al de Europa Occidental, no obstante ser, durante todo aquel período, mucho más intensa la influencia española y francesa que la de Gran Bretaña y los Estados Unidos; la última hízose sentir más particularmente en la organización constitucional de los nuevos Estados, ya que prácticamente todos han adoptado un sistema presidencialista de gobierno, y muchos de ellos con carácter federal.

Una de las consecuencias de este nacionalismo positivo era que las doctrinas sociales y políticas se nacionalizaban, por así decirlo, al llegar a América Latina; adaptadas a las necesidades del momento, tornábanse pragmáticas. Hubo, por ejemplo, grupos anarquistas, socialistas y sindicalistas en América Latina, pero ninguno de ellos asumía una actitud revolucionaria. Los emigrados de la *Commune*, que fueron la levadura en Sudamérica, y sobre todo en la Argentina, del movimiento obrero, empleaban sus primeros ardores revolucionarios en campañas políticas de reformas sociales: inmediatas y prácticas. Las dos transformaciones sociales de América Latina que han sido llamadas revoluciones (la de México y la de Bolivia), fueron, en realidad, movimientos políticos reformistas, pese a sus métodos revolucionarios. Y por eso los socialistas y anarquistas europeos consideraron, durante mucho tiempo, a sus amigos latinoamericanos como reformistas, y Moscú calificó de "traidores" y "trotskistas" a los comunistas de América Latina que trataban de adaptar los principios de la Tercera Internacional a la situación específica de sus respectivos países.

Al mismo tiempo, los conservadores también han dado a menudo la impresión de ser reformistas, pues la índole de su nacionalismo les impedía ignorar las situaciones concretas en que se encontraban, situaciones que a veces no valía la pena mantener. Así, Lucas Alamán (1792-1853), el eminente historiador y político conservador mexicano, vio en la industrialización de su país la base de la estabilidad política, y consagró su tiempo y su fortuna a crear fábricas y bancos para el financiamiento industrial. A la sazón, esto entrañaba una actitud reformista, ya que lo verdaderamente conservador, en la América Latina del siglo XIX, era defender el sistema del latifundio. Y a un socialista utópico, como el mexicano J. N. Adorno (1807-1887), no se le ocurrió proponer, a pesar

Lucas Alamán

de la influencia de Fourier en sus ideas, que se formase una sociedad nueva, sino la creación de cooperativas de ahorro obreras, para comprar las industrias.

Durante más de un siglo, tales fueron las características dominantes del nacionalismo en América Latina. Como producto espontáneo de las condiciones sociales y políticas locales, este nacionalismo sigue estando vivo en la mayoría de los latinoamericanos —es decir, entre los obreros y campesinos, la clase media y parte de la nueva burguesía industrial—.

3) *El papel del intelectual*

En mucha gente, sin embargo —y sobre todo en gran número de intelectuales—, esta actitud de nacionalismo positivo iba a sufrir un cambio profundo bajo la influencia comunista. Para comprender la significación de esta mudanza, es necesario tener en cuenta el importante hecho de que la acción política, en América Latina, es tradicionalmente estimulada y precedida por un movimiento intelectual, el cual, a primera vista, parece muy alejado de la lid política.

La historia abunda en ejemplos. La revolución mexicana de 1910-1917 tuvo como antecedente la lucha de Antonio Caso y la llamada "Generación de Atenas" contra el positivismo que sirviera para justificar la dictadura del general Porfirio Díaz. En Perú, la reforma universitaria —de donde salió la idea de las universidades populares, vivero del movimiento aprista —fue defendida por la revista literaria *Colonida*, ya desde 1915. El "Movimiento 1922" brasileño, era, al decir de uno de sus fundadores, el poeta Mario de Andrade, "el anuncio de la naciente actitud revolucionaria ante los problemas del país".

Este papel decisivo del intelectual en la política tiene sus raíces en las condiciones sociales de los países latinoamericanos. A consecuencia del elevado índice de analfabetismo, de las malas comunicaciones y de la inadecuada difusión de la cultura general, la población propiamente dicha ejerce muy raramente una influencia política, y tan sólo por breves períodos. El único conjunto de opinión pú-

blica realmente articulada, con voz y efectividad, lo constituye la clase media, relativamente pequeña, dentro de la cual ejercen los intelectuales considerable influjo. Sólo tomando estos hechos en cuenta puede calibrarse adecuadamente la importancia del ambiente intelectual en la evolución política de América Latina.

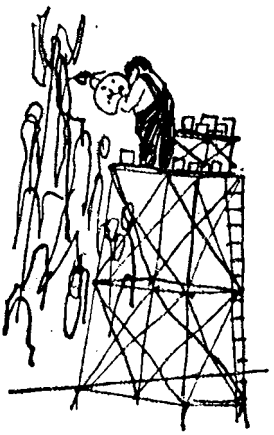
Las características del nacionalismo positivo que hemos expuesto arriba, hace tiempo que se venían reflejando —y tal vez con más claridad— en las artes y las letras. Todas las corrientes literarias y artísticas y escuelas de pensamiento occidentales fueron acogidas, en general, favorablemente; pero, lo mismo que en el caso de las doctrinas políticas y sociales, pronto se las transformó para adaptarlas a las condiciones y el temperamento de América Latina. Como tales escuelas de pensamiento, han perdido sus características al convertirse en medios nuevos de expresar la realidad inmediata.

No deja de ser significativo que todas las historias literarias de América Latina revelen estos dos hechos: ausencia de erudición abstracta y abundancia de escritores, ensayistas, poetas y novelistas regionales dedicados a la crítica social. Fue con la novela regional, en efecto, como empezó a manifestarse esta tendencia en el siglo XIX. Como tales hay que conceptuar las obras de Euclides da Cunha, Ricardo Güiraldes, Quiroga, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ciro Alegría y Mariano Azuela.

Mucho más recientemente, en el decenio 1920-30 y en los primeros años del siguiente, adquirió relieve un nuevo grupo de escritores. Más radicales que quienes les habían precedido, denunciaron la condición social del trabajador latinoamericano: el cauchero en los bosques, el indio en los Andes, el campesino en las mesetas mexicanas. Algunos de los escritores, como Jorge Icaza, Jorge Amado, José Revueltas, y de los poetas —Nicolás Guillén, César Vallejo y Pablo Neruda— eran simpatizantes de los comunistas. Otros, como Mauricio Magdaleno, Gabriela Mistral, Jorge Ferretis, Erico Veríssimo, Rosa Arciniegas, Octavio Paz, Manuel Gálvez y J. L. Borges, no tenían lazos ideológicos con el comunismo. Pero, cualesquiera que fuesen las inclinaciones políticas de estas personas, a todas igualmente

enardecía la situación, tan poco privileglada, de América Latina.

El clamor de la protesta social que, durante una década y media, siguió a la primera Guerra Mundial, repercutía hondamente en la literatura y en otras manifestaciones del arte, hallando expresión en un nuevo realismo, tan vigoroso e incorformista en sus tendencias como los movimientos cubista, simbolista y surrealista de Europa, paralelos a aquél e imbuidos también de sentido social. Pero —hecho significativo— lo que preocupaba sobre todo en América Latina era la suerte del individuo, más que el abstracto concepto colectivo de la nación. Tanto en las artes como en la literatura, el hombre estaba siempre presente; y fue el hombre el que suministró los temas de las dos grandes escuelas de pintura: la muralista de México y la de los pintores de caballete, en el Brasil. El indio, el negro, el hombre de la calle, todos entraban en las pinturas y de ellos estaba penetrada también, a través del pintoresquismo popular, la música de Villa-Lobos, Silvestre Revueltas, y otros.



Conviene señalar que la conciencia social de que estaban transidas las artes y las letras después de la primera Guerra Mundial tenía, fundamentalmente, raíces indígenas y permaneció, hasta los primeros años de la década 1930-40, casi totalmente ajena a la influencia comunista. Hasta entonces, el movimiento comunista había sido débil e ineficaz en América Latina. Carecía de fuerza en el sindicalismo obrero, nunca había podido asentar su pie entre la población rural, y poco o ningún apoyo recibía de la clase media, la más influyente y representativa.

Hasta los intelectuales permanecían, en general, aislados del influjo comunista. Cierto es que a muchos de ellos les habían admirado algunas de las cosas logradas por la revolución bolchevique, pero a casi todos les parecía que el

rígido apego de Moscú al dogma revolucionario de la lucha de clases era desagradable y, sobre todo, inadecuado para el medio latinoamericano. Además, la clase media intelectual de América Latina, al revés que su contrapartida europea, no adolecía de un complejo de culpabilidad histórica ante sus compatriotas menos privilegiados, por lo que no sentíase inclinada a sublimar su desazón en el redil del partido. Por otro lado, los partidos comunistas, faltos de vigor, no constituían grandes promesas como instrumentos para satisfacera cualquier apetencia latente de poder. En realidad, el conocimiento del marxismo, *per se*, no comenzó a difundirse por los círculos intelectuales sino poco después de 1930. Hasta entonces, con las pocas excepciones antes mencionadas, sólo había cundido entre unos pocos grupos socialistas argentinos y chilenos.

4) *El nacionalismo negativo*

Pero en 1935 la situación empezó a cambiar rápidamente. La flexibilidad que ofrecía la política de Frente Popular proporcionó a los comunistas de América Latina la oportunidad de salir de su aislamiento. Como era lógico, su primer objetivo fueron los intelectuales, ya que únicamente valiéndose de ellos podían abrigar la esperanza de ejercer influencia sobre la clase media —estudiantes, técnicos, profesionistas, burguesía industrial—.

El caso es que, a mediados de la década 1930-40, amplios sectores de la intelectualidad latinoamericana hallábanse en un estado de espíritu especialmente vulnerable. A semejanza de muchos de sus colegas occidentales, sentíanse afligidos por una profunda sensación de fracaso. Ni sus enseñanzas y escritos ni sus protestas habían impedido la instauración de dictaduras. En la época en que el Frente Popular llegó a ser la consigna comunista del día, había regímenes dictatoriales en Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia, Perú, Venezuela, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala, la República Dominicana, Haití y Cuba. Por doquiera, en las demás partes, la democracia parecía inestable. Todavía quedaban, en la memoria de muchos, amargos recuerdos de ciertos actos de interven-

ción de los Estados Unidos. Insatisfecho y descorazonado, el intelectual buscaba el medio de hacer eficaces sus convicciones.

Lo que tenían que hacer los comunistas era encontrar una plataforma que les permitiera, no sólo atraerse sentimentalmente a los intelectuales, sino arrastrarlos a la complicidad política. Sería de eficacia entrar en contacto con el profesor liberal, el periodista de izquierda y el estudiante revolucionario, pero también con el político de centro-derecha y el hombre de negocios conservador. La reacción comunista fue una nueva tendencia, radical y negativa, del nacionalismo. Sus postulados eran consignas abstractas e ilógicas, en que se ensalzaban las "glorias nacionales" y las "civilizaciones precolombinas" de los países de América Latina; su designio, suplantar las aspiraciones humanitarias del nacionalismo sintético que antes conociera América Latina.

Durante varios años, con posterioridad a 1930, el nuevo embeleso comunista del nacionalismo negativo consiguió producir un cambio en la orientación ideológica del mundo del arte y de las letras. Hubo excepciones, naturalmente, sobre todo entre las figuras más sobresalientes del mundo intelectual, pero una mayoría de intelectuales y artistas fue adoptando gradualmente posiciones opuestas a las tradicionales ideas del nacionalismo positivo. Este nuevo nacionalismo de signo negativo ha seguido teniendo decisiva influencia hasta años muy recientes; para medir la intensidad de su acción, es necesario conocer sus características.

1. *Es aislacionista y autárquico.* Uno de los temas favoritos de muchos escritores durante los veinte años últimos ha sido el de que la sola tradición indígena es la fuente de todo progreso, que la cutlura nacional no nece-

sita influencias europeas ni de otro género. A figuras sin relieve se les ha erigido en grandes reformadores, a fin de que sirvan de base para esta especie de aislacionismo cultural.

2. *Es separatista.* Ya hemos hecho mención del "continentalismo" que, desde hace tiempo, prevalecía en los círculos intelectuales latinoamericanos. Con el advenimiento del nuevo nacionalismo, este espíritu desapareció, virtualmente, y ahora está limitado a formalismos de la diplomacia interamericana. Nadie habla ya de una cultura latinoamericana, sino de cultura uruguaya, salvadoreña o mexicana. Por donde se ha llegado a la absurda situación de que unos países con las mismas tradiciones, una organización política y económica similar, el mismo idioma y aspiraciones semejantes, no se consideran interdependientes, sino independientes por completo, lo mismo en lo cultural que en lo político-económico.

3. *Mira a la antigüedad.* El nacionalista negativo ha ido a buscar al pasado temas literarios y otros elementos en que apoyar sus presentes actitudes; se considera a sí mismo como descendiente cultural de los indios precolombinos, y en casos extremos, hasta ha llegado a proponer la creación de repúblicas autónomas de ciertos pueblos indígenas (mayas, en México; aimarás, en Bolivia). Caso típico es el de Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la CTAL (Confederación de Trabajadores de América Latina) —filial de la Federación Sindical Mundial, dominada por los comunistas—, el cual, al presentarse como candidato a la Presidencia de México en 1952, inauguró su campaña haciendo un "juramento de lealtad" ante la supuesta tumba de Cuauhtémoc, el rey azteca.

La polémica misma, entre arqueólogos, acerca de la autenticidad de los restos de este personaje azteca, descubiertos poco antes, adquirió en seguida un carácter político y llegó a acusarse de "reaccionarios" y "pro imperialistas" a quienes no creían, por motivos científicos, en dicha autenticidad. Los pintores, por su parte, han tendido cada vez más a presentarnos pinturas de los pueblos precolombinos.

4. *Es simbolista.* Los temas materiales y específicos han sido sustituidos por otros de tipo más general, a veces simbólicos. Así, por ejemplo, una novela que trate de asun-

tos actuales puede adoptar la forma de una fábula. De esta propensión a lo abstracto y lo didáctico son buen ejemplo las novelas del mexicano José Revueltas, las pinturas de David Alfaro Siqueiros, las últimas obras de Diego Rivera, así como las poesías del chileno Pablo Neruda, las novelas del brasileño Jorge Amado y la poesía del cubano Nicolás Guillén. En otros escritores que no son de filiación comunista, esta inclinación a los símbolos es menos evidente, pero pocos son los que han logrado escapar completamente a esa influencia en los años últimos. Los símbolos son casi siempre abstractos: la nación, el enemigo de la nación —el nazifascismo, antes; ahora, el imperialismo norteamericano—, la paz, los traficantes de la guerra...

5) *La manipulación del nacionalismo*

La penetración en las artes y las letras de la ideología del nacionalismo negativo no fue únicamente consecuencia de la propaganda comunista. Los llamamientos eran eficaces, sin duda, y el auditorio, propicio; pero el éxito de los comunistas habría sido menos sonado, de no haberse valido de los métodos, más coactivos, de la persuasión administrativa, o, para decirlo con más crudeza, del "chantaje". En la época amistosa del Frente Popular, muchos miembros del partido y simpatizantes procuraron infiltrarse en toda una serie de instituciones del campo de la cultura y de la información —servicios periodísticos, casas editoriales, organizaciones culturales privadas o públicas—. Desde estas posiciones podían remunerar a sus amigos y castigar a sus enemigos, en el mundo intelectual. En suma, instauraron, en cierta medida, una censura informal, mediante la cual negaban trabajo o facilidades editoriales a muchos artistas y escritores que se negaban a plegarse a los preceptos culturales de respaldo comunista, a las abstracciones y al patrioterismo del nuevo espíritu nacionalista. Algunos de los artistas que habíanse mostrado renuentes a los llamamientos de la campaña comunista, acabaron por rendirse ante este método más drástico de persuasión, y fueron absorbidos por el conformismo en boga.

Al mismo tiempo, en sus esfuerzos por conquistar la

obediencia de cuantos intereses políticos fuera posible, los comunistas, por su parte, abandonaron muchas de sus antiguas posturas doctrinales. Habíanse olvidado de la lucha de clases, y, mediante un cómodo oportunismo, comenzaron a apoyar a todo elemento o acción que pudiera ir en beneficio de su causa. En Chile, donde, en 1938, habían creado el primer gobierno de Frente Popular de América Latina, persuadieron a un rico terrateniente, el radical Pedro Aguirre Cerda, para que fuera el candidato del Frente Popular a la Presidencia. En México, apenas transcurridos veinte meses de la acusación que hizo contra el presidente Cárdenas, tildándole de ser "el único responsable de que se estuviera llevando a cabo... el plan de fascistización y de fortalecimiento del imperialismo yanqui en México", el partido comunista cambió de actitud, ensalzando a su gobierno como "indudable progreso hacia una fase más avanzada de la Revolución (mexicana)".

La nueva postura política de los comunistas y su campaña nacionalista no tardaron en rendir frutos en el ámbito político. Su actitud fue tan eficaz en América Latina como años después lo sería en Europa. Lograron que se les eligiese para los cuerpos legislativos de unos cuantos países latinoamericanos. En 1940, había 12 diputados comunistas en Chile, 17 en Brasil, 12 en Cuba, 6 en Costa Rica y 6 en Uruguay. El presidente de Chile, González Videla, incluyó un ministro comunista en su Gabinete (1946-1947), y hasta el presidente Batista, de Cuba, habíase creído en el caso de hacer lo mismo, con anterioridad (1942-1944). Era una comodidad, después de todo, verse sin adversarios a la izquierda.

Esta política del nacionalismo negativo se hizo al principio con el propósito de seducir y aplacar a los intelectuales y a los elementos políticos liberales. Pero la finalidad tenía más alcance: no sólo quedaba subvertida la integridad del ala izquierda, sino que se la adormeció, a fin de dejar en libertad a los comunistas de cortejar, sin protesta, a la derecha política. El soporífero fue eficaz, y ello permitió a los comunistas trabar amistosas relaciones con todos los dictadores latinoamericanos durante la guerra. Más adelante, cuando, en la estela del movimiento peronista, una nueva oleada de dictaduras azotó las Américas, los comunistas

mantuvieron una actitud ambivalente, coqueteando con los dos bandos. Encontrábanse, así, en posibilidad de poder infiltrarse lo mismo entre los allegados de los dictadores que en los grupos exiliados de la oposición democrática. En el papel que se habían arrogado, de "tutela crítica", servían a los dictadores como consejeros en los problemas de trabajo, a la vez que ampliaban su ingerencia en los sindicatos y llenaban de confusión al hombre de la calle sobre la verdadera índole de la dictadura. Ocasiones hubo en que hasta se valieron de sus puestos privilegiados para apremiar a los dictadores a que entablasen relaciones comerciales con la Unión Soviética y las "democracias populares". De esta suerte, una campaña supranacionalista, que había comenzado como simple tentativa propagandística para atraerse a los intelectuales, se transformaba en un método sistemático de infiltración comunista en todos los aspectos de la vida nacional latinoamericana. Resultado de ello fue que el comunismo llegase a ser, por vez primera, un factor considerable en el ambiente político de América Latina.

6) *La iniciación de un cambio*

En América Latina se ha producido recientemente una reacción contra las imposiciones del pasado. La generación de jóvenes intelectuales y artistas de hoy no ha pasado por la experiencia de la romántica época del Frente Popular; los llamamientos sentimentales hechos en su nombre no les impresionan, y no están dispuestos a incorporarse a nuevos frentes comunistas. Algunos bajo la influencia de unas cuantas figuras sobresalientes que resistieron la atracción comunista, otros por su propia cuenta, mantienen las puertas del mundo cultural abiertas, a la vez, a los experimentos exteriores y al contacto con el hombre de la calle. Los veinte años de nacionalismo negativo, esterilizante, están pasando a las páginas de la historia, y se ofrecen nuevas perspectivas a la creación libre e irrestricta, sin consignas ni profetas oficiales. El advenimiento del nuevo espíritu ha sacado a luz ya abundantes obras, notables por su hondura y originalidad.

Una de las señales más significativas de este renaci-

miento es el despertar de la conciencia latinoamericana. Otra vez empieza a orientarse el pensamiento, no sólo hacia lo paraguayo, lo brasileño o lo chileno, sino hacia lo latinoamericano. Si las dos décadas de nacionalismo negativo movieron a los intelectuales a volver a los símbolos del pasado, ahora miran de nuevo hacia el futuro, y una nueva América Latina, más unida, va tomando forma en su mente.

¿Cuáles son las causas de esta incipiente transformación? Primeramente, América Latina sigue teniendo ante sí problemas aún no resueltos —económicos, culturales y sociales—, y como hemos visto, el nacionalismo negativo, lejos de facilitar su solución, no ha hecho más que agravarlos. Los jóvenes intelectuales, contemplando la situación de sus respectivos países y del continente, en su conjunto, no pueden menos de ver el pernicioso efecto que el nacionalismo negativo ha tenido, no sólo en el aspecto material, sino, sobre todo, en el medio de la cultura. En este último sentido, el interés que manifiesta la nueva generación intelectual latinoamericana por el existencialismo francés, las teorías económicas de Keynes, las nuevas formas del "jazz", etc., denota un renacer, y no precisamente porque estas cosas influyan profundamente en el producto actual de la actividad cultural latinoamericana, sino, simplemente, porque el solo hecho de interesarse por ellas significa que se admite la posibilidad de encontrar caminos y soluciones fuera de los angostos límites impuestos por el nacionalismo negativo.

En segundo lugar, existe hoy un conocimiento mucho mejor del comunismo, de su historia y sus métodos de propaganda, que en el período del Frente Popular o el inmediatamente posterior a la segunda Guerra Mundial. Aunque esta mejor comprensión diste mucho de ser general en la sociedad latinoamericana, no cabe duda de que se está extendiendo; y sirve como una especie de vacuna contra la fácil seducción de la filosofía del nacionalismo negativo.

No quiere decirse con esto, sin embargo, que el nacionalismo negativo haya perdido enteramente su poder de captación o cesado de entorpecer el progreso intelectual. Teniendo, como tienen, a su disposición todo el arsenal de las técnicas, tan perfeccionadas, de la propaganda comu-

nista, los patrocinadores del nacionalismo negativo están prontos a explotar en beneficio de sus propósitos todos los conflictos que pueden surgir espontáneamente, así como aquellos otros artificialmente fabricados por su misma propaganda. Los acontecimientos de América Latina han demostrado que dichos elementos tienen todavía el suficiente arraigo para que se requiera un largo y persistente esfuerzo antes de que su influencia sea vencida. Ha de consistir esta tarea, esencialmente, en la promoción de una mayor claridad de juicio, en el suministro de información basada en los hechos, en una acción que eche afuera las telarañas debidas al exceso de tolerancia con la tóxica bebida del nacionalismo negativo. Tarea, por supuesto, que sólo aquellos intelectuales latinoamericanos que ya han despertado pueden emprender y llevar a buen término.

Sin embargo, este cambio apenas se está iniciando. Todavía hay muchos intelectuales y elementos de la clase media que satisfacen su conciencia firmando manifiestos y, ya con la conciencia así tranquilizada, se desentienden del pueblo. Los países latinoamericanos no han llegado todavía a formar naciones. Se acercan a ello, unos más y otros menos, pero mientras los pueblos sigan viviendo al margen de la vida política y las decisiones las adopten reducidas minorías de privilegiados parasitarios, no puede hablarse de naciones en América Latina. Para que las naciones se formen es preciso que despierte el pueblo y que sea el pueblo el que gobierne, para sí, por sí y ante sí. Y entonces será posible, asimismo, ir hacia la superación de los nacionalismos, fomentados entre nosotros, a la vez, por las oligarquías y los comunistas. No hay duda de que América Latina necesita pasar a una nueva etapa de su historia: la de la unidad continental. Y a esto sólo puede llegarse superando los nacionalismos y con la acción popular.

El verdadero nacionalismo, en América Latina, consiste en ir al pueblo, servir al pueblo y ayudar a que el pueblo conquiste el poder. El nacionalismo, en América Latina, es democrático o no es nada. Y no hay democracia sin gobierno del pueblo.

PREGUNTAS

1) ¿Cuáles fueron los primeros intentos de unidad latinoamericana?
2) ¿En qué consiste el llamado nacionalismo positivo o realista?
3) ¿Cuáles fueron los resultados de la influencia comunista sobre los intelectuales, a partir de 1930?
4) ¿Cuáles son las características del nuevo nacionalismo?
5) ¿Qué métodos utilizó el Partido Comunista para lograr infiltrarse en Latinoamérica?

LECTURAS*

Historia del Frente Popular, por Víctor Alba. México, 1959.
El problema nacional y la socialdemocracia, por Otto Bauer. Madrid, s.f.
Movimientos y doctrinas sociales, por José Bullejos. Buenos Aires, 1958.
Las ideologías políticas contemporáneas, por CEDS. México, 1963.
Vocabulario político, por CEDS. México, 1963.
Historia del desarrollo económico, por CEDS. México, 1964.
La posición cero, por CEDS. México, 1963.
Historia el nacionalismo, por Hans Kohn. México, 1949.
Obras escogidas, por V. I. Lenin. Moscú, s.f.
El ocaso del imperio español en América, por Salvador de Madariaga. Buenos Aires, 1960.
Apuntes sobre las cuestión nacional, por Alexander Manor. Tel Aviv, 1957.
Discursos sobre las décadas de Tito Livio, por N. Maquiavelo.
Revolución y contrarrevolución en Francia, por Carlos Marx.
Un líder y un pueblo, por Kwame Nkrumah. México, 1962.
Las nacionalidades, por Francisco Pi y Margall. Buenos Aires, 1961.
Historia de la teoría política, por George H. Sabine. México, 1944.
Historia de las ideas políticas, por J. Touchard. Madrid, 1957.
Diccionario filosófico, por Voltaire.

* De los libros respecto a los cuales no se citan lugar ni fecha de edición, pueden encontrarse numerosas ediciones hechas en distintos lugares y años.

ÍNDICE DEL MANUAL DE EDUCACIÓN CÍVICA

EL NACIONALISMO

Consejos para el uso de este manual 5

Lección primera.— Orígenes del nacionalismo 7
1) El concepto de nación. 2) Los antecedentes históricos. 3) Los antecedentes doctrinales. Preguntas.

Lección segunda.—El problema de las nacionalidades en el siglo XIX 16
1) La Revolución Francesa y el nacionalismo. 2) Las nacionalidades europeas en 1848. 3) La nueva etapa de los movimientos nacionales. Preguntas.

Lección tercera.—Las nacionalidades en América ... 30
1) La independencia norteamericana. 2) La trascendencia de la independencia norteamericana. 3) La independencia de América Latina. Preguntas.

Lección cuarta.—Las nuevas tendencias del nacionalismo 36
1) Revisión de la teoría. 2) La teoría de la nacionalidad al servicio del Estado. 3) Nacionalismo e imperialismo. 4) Racismo y nacionalismo. Preguntas.

Lección quinta.—El movimiento obrero y las nacionalidades 46
1) Nacionalismo e internacionalismo. 2) La idea nacional en el socialismo utópico. 3) La doctrina de las nacionalidades de Proudhon. 4) Marx y el nacionalismo. 5) Los congresos obreros y el nacionalismo. 6) Los comunistas y las nacionalidades. Preguntas.

Lección sexta.—Las nuevas naciones de Asia y Africa 61
1) La ampliación de horizontes. 2) Las condiciones socioeconómicas. 3) Los fundamentos teóricos. 4) Arabismo y africanismo. Preguntas.

Lección séptima.—El nacionalismo en la América Latina actual 74
1) El nacionalismo positivo. 2) El pragmatismo. 3) El papel del intelectual. 4) El nacionalismo negativo. 5) La manipulación del nacionalismo. 6) Iniciación de un cambio. Preguntas.

Lecturas 89

MANUALES DE EDUCACIÓN CÍVICA

1. **El funcionamiento de la democracia** (agotado).

2. **Las técnicas de desarrollo.**

   ¿Qué es el desarrollo? — El desarrollo y la planificación — Los planes de desarrollo — Los problemas de América Latina — El desarrollo latinoamericano — El desarrollo y la justicia social — Las ideologías del desarrollo.

3. **Las relaciones internacionales.**

   El panorama internacional — El mundo al estallar la segunda Guerra Mundial — La segunda Guerra Mundial — El bloque soviético — Las democracias occidentales — Las organizaciones internacionales.

4. **Las publicaciones y la propaganda visual** (agotado).

5. **Las ideologías sociales contemporáneas.**

   El socialismo — El comunismo — El anarquismo y el sindicalismo revolucionario — El colectivismo agrario y el cooperativismo — El pensamiento social del cristianismo y la doctrina de la Iglesia — El fascismo y el nazismo.

6. **Vocabulario político.**

   Contiene los términos precisos que se usan en el campo de las ideas políticas y esbozos biográficos de figuras de gran relieve.

7. **Las ideologías políticas contemporáneas.**

   El pensamiento político moderno — Liberalismo y democracia — Ideario político de la Revolución Francesa — Ideología de la Revolución Americana — Nuevas tendencias del liberalismo — La teoría del Estado — Del liberalismo al socialismo.

8. **El sindicato.**

   Los orígenes del sindicalismo — El sindicalismo en el mundo — El sindicalismo sometido — El funcionamiento del sindicato — Los enemigos del sindicato — El sindicato, la negociación y la sociedad.

MANUALES DE EDUCACIÓN CÍVICA

9. **Vocabulario social.**

Contiene los términos precisos que se usan en el campo de las ideas sociales.

10. **La vida del campesino.**

Desarrollo de las comunidades rurales — Cooperativismo — Cómo organizar a los campesinos.

11. **La cuestión de la tierra: I. Economía agraria.**

La moda de la economía — ¿Qué es la economía? — Nuestro pasado económico — Indoamérica: un pasado distinto — Inicios históricos del agrarismo — Postulados iniciales del agrarismo — Recursos naturales de las naciones — La tenencia de los recursos — La producción y sus factores vitales — El uso de la tierra — La teoría del valor — La renta de la tierra — El precio en la agricultura — El trabajo y su división nacional e internacional — El salario — La teoría de la población.

12. **La cuestión de la tierra: II. Agrarismo y desarrollo.**

El mercado — La empresa y el empresario — El cooperativismo y sus empresas — La moneda — El crédito general — Los bancos — El crédito agrícola — La inflación y la deflación — El empleo y el desempleo — Los impuestos y los gastos públicos — El industrialismo, el imperialismo y el nuevo colonialismo — La automación: segunda revolución industrial — La formación y gasto de capital — El ingreso nacional y los indicadores económicos — El comercio exterior y los mercados comunes — El desarrollo y la planificación — Los sindicatos obreros y campesinos.

13. **La cuestión de la tierra: III. Las reformas agrarias en el mundo.**

La reforma agraria mexicana — La reforma agraria soviética — Las reformas agrarias en la Europa Occidental — Las reformas agrarias en la Europa comunista — Las reformas agrarias en Asia — Las reformas agrarias en Africa, Oceanía y Norteamérica — Las reformas agrarias en el sur de América — Las reformas agrarias en la Gran Colombia — Las reformas agrarias en Centroamérica — Las reformas agrarias en el Caribe — La reforma agraria cubana — La experiencia universal en reforma agraria — La reforma agraria y los organismos internacionales.

MANUALES DE EDUCACIÓN CÍVICA

14. **El movimiento obrero en América Latina.**

Formación de la clase trabajadora — Los orígenes del movimiento obrero — La Revolución Mexicana — El comunismo y el populismo — Las dictaduras y las democracias — La función actual del movimiento obrero.

15. **Atlas del mundo actual.**

Información general — Zonas geográficas — Bloques — Problemas.

16. **Vocabulario económico** (agotado).

17. **El movimiento obrero mundial.**

Las ideologías de la clase obrera — La fundación del movimiento sindical — De la Primera a la Segunda Internacional — El movimiento obrero y la primera Guerra Mundial; la Revolución Rusa — Entre las dos guerras mundiales — La Segunda Guerra Mundial y el movimiento obrero en la actualidad — El movimiento obrero en Asia y Africa.

18. **Atlas de América.**

Información general — América en el pasado — América en la actualidad.

19. **Estadísticas comentadas.**

El mundo actual — América Latina.

20. **Historia del desarrollo económico.**

El mundo antiguo — El desarrollo de Europa — El desarrollo norteamericano — El desarrollo ruso — América Latina — El mundo moderno.

21. **El nacionalismo.**

Orígenes del nacionalismo — El problema de las nacionalidades en el siglo XIX — Las nacionalidades en América — Las nuevas tendencias del Nacionalismo — El movimiento obrero y las nacionalidades — Las nuevas naciones de Asia y Africa — El nacionalismo en América Latina actual.

DISTRIBUIDORES DE LAS

PUBLICACIONES DEL CEDS

OFICINA CENTRAL:

Apartado postal 5-468 México 5, D. F. (México)

ARGENTINA: Distribuidora de Ediciones. Monroe 5181-1°. *Buenos Aires.* Tel. N° 516247.

BOLIVIA: Librería Minerva. Calle Junín 16-20. *Santa Cruz.*—Librería La Juventud. Plaza 14 de Septiembre 56. *Cochabamba.*—Librería Banet. Loayza 118. *La Paz.*—Librería Mi Revista. 6 de Octubre 1647. *Oruro.*—Librería Atenas. Casilla 160. *Potosí.*—Librería Cultura. 6 de Octubre 1520. *Oruro.*—Librería Los Amigos del Libro. Calle Perú 3713. *Cochabamba.*—Librería Fuente de Cultura. Colón 256. *La Paz.*

BRASIL: Mestre Jou, S. A. Caixa Postal 5682. *São Paulo.* Filial: *Río de Janeiro.* Trav. do Ouvidor, 14-A.

COLOMBIA: Librería Mundial. Carrera 7ª N° 16-74. *Bogotá.*—Ediciones Tercer Mundo. Apartado aéreo 4817. *Bogotá.*

COSTA RICA: Librería Latina. Parque Central. *San José.*

CHILE: Distribuidora Triunfo. Mac-Iver 142, Local 9, *Santiago.*

ECUADOR: Rayd de Publicaciones. Av. América N° 3327, 2° Piso. Casilla 371, *Quito.*

EL SALVADOR: Librería Ateneo. Independencia Sur y 1ª calle Pte. *Santa Ana.*

ESTADOS UNIDOS: Alfred J. Phiebig. Amer. Representative of Foreign Publishers. Box 352. White Plains, *New York* (10602).—Librería Cervantes, 329 West Flager St., Miami 36, *Florida.*

GUATEMALA: Librería Quetzalcoatl, S. A. 10 calle 6-34. Zona 1. *Guatemala.*

HONDURAS: Agencia Selecta. Av. Salvador Mendieta N° 111. *Tegucigalpa.*—Distribuidora Viana. *Puerto Cortés. D. S.*

MÉXICO: México Lee. L. González Obregón 5-B. *México 1, D. F.*

NICARAGUA: G. Enrique Gómez. Frente a la Iglesia del Corazón de Jesús. Barrio Monseñor Lazcano. *Managua.*

PANAMÁ: Agencia Internacional de Publicaciones, S. A. Plaza Arango. *Panamá.*

PERÚ: Ediciones Continente, S. A. Camaná 972-A. *Lima.*—Distribuidora Inca, S. A. Ayacucho 154. *Lima.* Zig-Zag, Representaciones, Apartado 360, *Arequipa.*

PUERTO RICO: Librería Campos. San Francisco 266 Apartado 961. *San Juan.* Liga de Cooperativas. Fernando Calder 458. *Roosevelt.*

REPÚBLICA DOMINICANA: Librería Dominicana. Calle Mercedes 45-47 y 49. Apartado 656. *Santo Domingo.*—Pedro Julio Santiago. Ana Valverde 46. *Santo Domingo.*

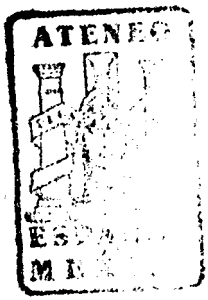
URUGUAY: Librería Alfa. Ciudadela 1389. *Montevideo.*

VENEZUELA: Distribuidora América Latina. Marrón a Cuji, 50. Edificio Sofía, Oficinas 6 y 10. Apartado Postal 6178. *Caracas.*

Impreso en los Talleres de
B. Costa-Amic Editor, calle
Mesones, 14, México, D. F.

Edición de 8,000 ejemplares

Febrero de 1965



BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

MANUALES
DE EDUCACIÓN CÍVICA

SUMARIO

Orígenes del nacionalismo

El problema de las nacionalidades en el siglo XIX

Las nacionalidades en América

Las nuevas tendencias del nacionalismo

El movimiento obrero y las nacionalidades

Las nuevas naciones de Asia y Africa

El nacionalismo en la América Latina actual